

NOTICIAS DE LIBROS

INDICE

- | | |
|---|---------------------------------|
| Ciencia política.—Pág. 215. | Temas afro-asiáticos.—Pág. 244. |
| Sociología.—Pág. 221. | Historia.—Pág. 247. |
| Relaciones internacionales.—Pág. 230. | Derecho.—Pág. 257. |
| Pensamiento político.—Pág. 234. | Economía.—Pág. 262. |
| Temas universitarios.—Pág. 237. | Filosofía.—Pág. 264. |
| Temas del marxismo y comunismo.—Página 238. | Varios.—Pág. 266. |

CIENCIA POLITICA

ABE FORTAS: *Concerning Dissent and Civil Disobedience*. The New American Library Inc. Nueva York, 1968; 128 págs.

Es interesante este breve estudio del magistrado del Tribunal Supremo norteamericano —y durante algún tiempo presidente preconizado del mismo— Abe Fortas. Pero lo es no tanto por las afirmaciones temáticas que en él se hagan como por las posiciones que en él se admiten y, más aún, por el intento de conciliar las que de ellas pueden reputarse como avanzadas o progresivas con otras más tradicionales. A la postre se trata de un intento de trazar una línea de tolerancia razonable que marque hasta donde pueden llegar, sin traspasar los bordes de lo antijurídico penal la «desobediencia civil» y la crítica y la protesta contra las directrices sociales y políticas.

Probablemente la admisión más significativa es la de que las concentraciones y demostraciones masivas están en principio bajo la protección de la enmienda primera a la Constitución, pero siempre que no se infrinjan los derechos de otros,

con violación o intimidación de las personas o fuerza en las cosas. Así, aunque se «debe ser tolerante con las demostraciones masivas cualquiera que sea su dimensión y las inconveniencias que generen» (pág. 70), no es admisible que las mismas interrumpen la circulación vial ni que se produzca una ocupación de una propiedad privada, ni de una propiedad pública (por ejemplo, una biblioteca o la sede de un Tribunal) o semipública (por ejemplo, el edificio de una Universidad o Facultad). De la misma forma que el reconocimiento de la libertad de expresión, también amparada por el texto constitucional mencionado, no es obstáculo para que se reprima su uso cuando el mismo implique un peligro evidente y próximo de alteración del orden público o de violencia o daño a tercero (en esto consiste, en sustancia, la doctrina del *clear and present danger*, muy elaborada jurisprudencialmente). Y, sobre todo, la

desobediencia civil exige de quien adopta este modo de protesta no resistir el arresto inicial y someterse a las decisiones finales de los Tribunales que decidirán últimamente sobre si la conducta estuvo justificada en vista de las circunstancias y, a través del control de la constitucionalidad, si la norma violada violaba a su vez derecho constitucionalmente reconocido y, por consiguiente, la violación no fue en realidad ilegítima.

Hay un intento no convincente en exceso de asimilar en sus caracteres y en su fondo la «rebelión de los negros» a la «rebelión de los jóvenes» parecida en cierto modo a la que en otro estudio intenta aproximar la lucha racial de esta década con las luchas industriales o sindicales que caracterizaron la que va de 1930 a 1940 (Irving Bernstein, *A Comparison: Industrial Conflict in the Thirties and Race Conflict in the Sixties*, Universidad de California, Los Angeles, 1968); en ambas probablemente se tiende a olvidar la especificidad del problema racial, lo que no parece posible, y mucho menos después del informe oficial de la Comisión sobre desórdenes civiles (*Report of The National Advisory Commission on Civil Disorders*, Washington, 1 de marzo de 1968). No es convincente el intento en el propio contexto del libro, puesto que en el mismo se dice una y otra vez que la elevación del negro y la eliminación de las injusticias a que ha estado sometido es tarea a larguísimo plazo: «En el mejor de los casos serán necesarias generaciones para reparar las devastaciones producidas por el olvido y la opresión en que se ha tenido a los negros» (pág. 76); «Los negros pueden y deben pedir una vida mejor para sus hijos y especialmente para los hijos de sus hijos» (págs. 76-77). Todo lo cual deja significativamente de afirmarse respecto del problema generacional.

Son también de gran interés las pá-

ginas que se dedican a los objetores de conciencia respecto del reclutamiento para servicios de guerra en general y para la guerra en Vietnam en particular. La posición mantenida es la tradicional de la normativa americana, sustancialmente contenida en la ley de Reclutamiento de 1940; el objetor de conciencia ha de serlo a toda guerra en general y no a una en particular, y basada la objeción «no en nociones esencialmente políticas, sociológicas o filosóficas, ni en un código moral meramente personal», sino en un credo y educación religiosos, entendiéndose por tales, «a creencia individual de que la relación con un Ser Supremo implica deberes superiores a los surgidos de cualquier relación humana». El libro además recoge las protestas antibélicas que han caracterizado todas las guerras interiores y exteriores en la historia de los Estados Unidos, comenzando por la de la Independencia en el siglo XVIII y llegando hasta la intervención en Corea y, por supuesto, en Vietnam.

En el fondo del libro hay una cierta desesperanza o, cuando menos, la conciencia de que se está ante una situación explosiva que exige un máximo de tolerancia y de moderación en todos los envueltos en ella y especialmente en quienes tengan en ella, o sobre ella, posiciones rectoras o decisorias, singularmente por lo que toca, de nuevo, al problema racial: «Esta revolución social, como casi todas las revoluciones, tiene un ritmo propio e implacable... las exigencias de acción, remedio, restitución y reparación no se satisfacen fácilmente. Una respuesta inicial o moderada las exacerba. El vigor y el fervor de la exigencia crece a medida que su justicia se admite y se hace algo para atenderla. A medida que la exigencia desborda la respuesta primera, las actitudes se endurecen y las frustraciones aparecen. Quienes piden el cambio no ven posibilidades de sa-

tisfacción, y quienes inicialmente ofrecieron reformas desesperan de que pueda haber una solución razonable» (página 76).

A la postre, sólo en la tolerancia y en

el cauce ordenado sustantivo y procesal del Estado de derecho, se nos dice, pueden encontrarse las alternativas tanto a la violencia como a la represión.—
M. ALONSO OLEA.

FRANCESCO ALBERONI, VITTORIO CAPECCHI, AGOPIK MANOUKIAN, FRANCA OLIVETTI y ANTONIO TOSI: *L'Attivista di Partito*. Il Mulino. Bologna, 1967.

Estamos ante uno de los más notables trabajos de investigación que hemos tenido ocasión de examinar en los últimos años. No dudamos en hacer esta calificación ateniéndonos, mucho más que al sensacionalismo de sus conclusiones finales, al proceso metodológico con que la investigación ha sido llevada a cabo y que demuestra en Organismos investigadores europeos en el campo de la sociología —en este caso el Instituto Carlo Cataneo— una madurez no superada en ningún otro lugar. El sensible retraso ante la investigación norteamericana en esta rama del conocimiento ha ido disminuyendo vertiginosamente en los últimos tiempos, y a la vista de trabajos como el que nos ocupa hay que dictaminar que ya la diferencia desfavorable a Europa es sólo cuantitativa.

L'Attivista di Partito es un estudio comparativo de la militancia, en todas sus facetas, entre miembros del Partido Comunista italiano y miembros de la Democracia Cristiana del mismo país. Se ha tratado de penetrar en las estructuras constitutivas de ambos grupos manejando un elevado número de variables que cubren desde los diversos aspectos de la socialización del militante a su actividad dentro del Partido, los aspectos de su vida cotidiana, el grado de integración con su partido, sus actitudes básicas ante el mundo y la incidencia del cambio social sobre él.

En la parte previa a la exposición de la investigación, la obra ofrece un im-

portantísimo capítulo dedicado a la exposición de los métodos empleados, que constituye una de las aportaciones más valiosas de la misma. Es una moderna revisión abreviada de los procedimientos de manejo y obtención de datos debida a los profesores Alberoni, Capecchi y Tosi, que justificaría incluso su publicación como trabajo independiente. Se han dejado a un lado las técnicas basadas en la estadística clásica para ocuparse de las últimas corrientes de la investigación, que son precisamente las empleadas en este trabajo. De modo especial es valiosa la parte dedicada a la formación de modelos matemáticos y su verificación, que con toda justicia se puede estimar desde ahora como bibliografía obligada.

La investigación en sí se ofrece en dos vertientes separadas. En primer lugar, a través de un análisis unidimensional, en el que son examinadas una a una las ochenta variables utilizadas. Una comparación simple de la variabilidad entre los dos grupos, hecha de modo muy elemental, pone la obra al alcance del no iniciado en los procedimientos técnicos o de quien simplemente desea «leer» la materia a efectos de información.

Pero la parte fundamental y de verdadero valor científico la constituye la segunda parte, dedicada a un análisis multidimensional de los datos. Naturalmente, esta parte sólo está al alcance de una cierta especialización, que vale,

sin embargo, la pena si se consideran los resultados obtenidos.

El análisis multidimensional se ha abordado por cinco vías distintas. En primer lugar, por medio de un escalograma de Guttman, utilizando diez *items* dicotomizados, se ha estudiado la centralidad del Partido en diversos aspectos de la vida extraparlamentaria, estableciéndose por separado cada jerarquización de *items* respecto a cada uno de los grupos estudiados.

El segundo camino, inédito por completo —que sepamos— en las investigaciones sociales, es una clasificación basada en la entropía con objeto de determinar clases homogéneas de militantes a través de siete aspectos, también dicotómicos, y sin tener en cuenta a qué grupo especial pertenece cada individuo. La militancia queda así dividida de modo general en estratos significativos, que lo son, por supuesto, de modo distinto según se pertenezca al Partido Comunista o a la Democracia Cristiana.

Una aplicación del análisis discriminatorio de Fisher, a través de veintiséis aspectos característicos, sirve para verificar las diferencias significativas de los dos grupos y comprobar las hipótesis que pudieron establecerse a través del análisis unidimensional. También a través del análisis discriminatorio quedan establecidas las analogías entre los dos

grupos, sentando las bases de lo que pudiéramos llamar militancia general.

La cuarta vertiente analítica es un análisis en componentes principales sistema Hotelling. A través de él se individualizan ocho factores componentes principales, que constituyen las dimensiones internas de cada uno de los grupos. Estos componentes son estudiados no sólo de modo aislado, sino a través de sus correlaciones recíprocas y permiten una clasificación de las variables consideradas, y a través de ellas, de los activistas.

Finalmente, se ha procedido a la formación de los modelos causales lineales de ambos grupos. Es ésta, por su dificultad y por lo poco empleada en nuestras latitudes, la técnica, con mucho, más sugestiva. Los circuitos de relaciones existentes entre veintiséis variables quedan individuados y establecidos, y gracias a ello la verificación entre el tipo puro o teórico de activista y el resultante de la investigación concreta puede hacerse sin dificultades.

Hemos prescindido de referirnos a los resultados de la comparación. Son éstos lo suficientemente complejos para no poder ser expuestos a la ligera en una nota bibliográfica. Pero, además, es indudable que el valor metodológico de esta obra supera con mucho el interés de la investigación misma.—J. BUGEDA.

HARITON KORISIS: *Die politische Parteien Griechenlands. Ein neuer Stadt auf dem Weg zur Demokratie 1821-1910.* Verlag Karl Pfeiffer. Nürnberg, 1966; 230 págs.

La historia de los partidos políticos está ligada a la historia política. De ahí que estudiando su evolución —advierte el autor— sea preciso considerar de paso la evolución del parlamentarismo o, para decirlo con mayor exactitud, la evolución de la democracia. En el libro se examinan, además, otros factores concurrentes como la estructura social, la

economía y el clima espiritual e ideológico de la época.

El contenido del libro se distribuye en seis capítulos. El primero equivale a una introducción en la cual se analizan la estructura social y las orientaciones ideológicas con anterioridad a la independencia: la economía, los restos feudales, las clases sociales —cuya existencia

ha sido puesta por muchos en duda—, y en fin, los grupos detentadores del Poder. Paralelamente se exponen los supuestos culturales, discutiéndose el carácter de la Ilustración griega, la evolución hacia el nacionalismo, el influjo de la Revolución francesa, y en resumen, el conjunto de ideas que impulsaron la lucha por la libertad. El segundo revisa las distintas corrientes actuantes durante los años cruciales de 1821 a 1825, agrupándolas genéricamente, como las inspiradas en la tradición autóctona y las influídas por modelos e ideas extranjeros. Entre ambas líneas —sin perjuicio de numerosas matizaciones, naturalmente— transcurre la contraposición de fuerzas. Justamente los llamados «partidos extranjeros» —el francés, el inglés y el ruso, de acuerdo con las fuentes de su inspiración— jugaron un importante papel durante veinte años (hasta 1855), el cual constituye el objeto del tercer capítulo, mientras que en el siguiente examina el autor el sistema de partidos mayoritarios, tal como se desarrolló en

tre 1855 y 1882, deteniéndose en el momento culminante de la Constitución de 1864. Durante esta época, cinco partidos integraron la vida política.

En el quinto capítulo se completa el cuadro examinando la situación de las relaciones sociales, de la economía y de las corrientes ideológicas entre los años 1821 y 1910.

Finalmente, en el capítulo sexto, que ocupa casi la mitad del texto que reseñamos, se analiza con detenimiento el sistema de dos partidos —dirigidos, respectivamente, por Trikoupis y Dilijanis—, que se estabiliza desde 1882 hasta 1910. Durante estos treinta años escasos, pese a la persistencia de pequeños partidos marginales y de grupos radicales, dominaron la política griega, que se caracterizó por su estabilidad y por un ejecutivo fuerte.

Como apéndice se incluye una reseña bibliográfica, referente sobre todo a libros y artículos publicados en lengua alemana.—D. N.

MARCEL PRÉLOT: *La Ciencia política*. Editorial Universitaria de Buenos Aires, 1966; 112 págs.

Ha tenido el profesor Marcel Prélot el acierto de enfrentarse con el análisis del concepto y el contenido de la Ciencia política, partiendo de una perspectiva bastante original, a saber: que la definición de la política ha de apoyarse, tanto en la historia de las palabras como en la historia de las ideas.

Nada, por consiguiente, tiene de extraño que la primera parte del libro esté dedicada al examen etimológico y formal de la palabra «política», sin perder, ni en un solo momento, su matiz humano, pues sabido es que «la política» —señala el autor— alude, tanto a los hombres y a los hechos como al conocimiento que se tiene de ellos. Destaca

el profesor Prélot que, efectivamente, la política es esencialmente la vida política, y como tal la lucha por el Poder. No se puede, pues, ocultar que existe en estos momentos cierta imprecisión en la forma y en la manera de emplear la palabra «política»; imprecisión en su origen y en su destino. En cuanto a su origen, porque, entre otras cosas, la política no se deriva del término Estado o Ciudad, sino, por el contrario, de la expresión «ciudadano», y en cuanto a su finalidad, porque, en efecto, «la dinámica política consiste en continuos cambios de fuerzas en el seno del Poder. El Poder debe renovar y conservar su fuerza. Por lo tanto, necesita incorpo-

rar toda fuerza que llegue a la madurez política, comprendiéndose que hay fuerzas que nunca alcanzan la madurez y otras que llegan al Poder, pero no pueden conservarlo. La vida política, entre dos hipótesis extremas, implica toda una serie de situaciones intermedias».

Se inclina, finalmente, el autor por el empleo de la expresión «política» con una mayor rigurosidad y precisión, y en especial, como ciencia, referida de manera concreta a la actividad del ciudadano más que, por supuesto, a la actividad de la ciudad.

Alcanzar el concepto puro de la Ciencia política lleva anexo algunas vicisitudes; por ejemplo, toda una variedad de infinitas distinciones: de la ética, de la moral, de la economía, de la filosofía y de la metafísica. La política, en cierto modo, ocupa, según el autor, la cúspide de cualquiera de las distinciones que a este respecto pudieran establecerse, pues la política domina teóricamente a las otras ciencias, porque regula todas las actividades humanas. Por eso, como ha escrito Guizot, cuando en-

contráis, en las civilizaciones antiguas, la libertad, es la libertad política, la libertad del ciudadano. El propio Aristóteles, oportunamente citado por el autor, fue el primero en tratar de establecer los límites y fronteras entre las diferentes especies de ciencias y la política.

El profesor Prélot ha querido en su libro distinguir con suficiente claridad el porqué de la política, y naturalmente, anhelando aproximarse al concepto exacto, veraz y técnico de lo «político», no ha ahorrado esfuerzo alguno para espiar con cierta profundidad y detenimiento en el pensamiento de Platón, Aristóteles y Maquiavelo, entre otros, pues, en definitiva, es el tríptico de autores que con mayor fuerza se destaca en estas páginas, en las que se apiñan ideas, sugerencias y opiniones de positivo valor y en donde se recogen —aunque muy brevemente— algunos matices ideológicos del nuevo clima internacional y, claro está, el renacimiento que la politología ha experimentado en nuestro tiempo.—J. M. N. DE C.

CLAUDE MOSSÉ: *Les institutions politiques grecques à l'époque classique*. Armand Colin, París, 1967; 222 págs.

Excelente exposición sintética sobre las instituciones políticas griegas de la época clásica, concretamente desde los orígenes de la Ciudad griega, del V y IV siglo antes de Jesucristo, hasta la época de los Estados federados. Esta es la primera parte.

La segunda está dedicada a recoger textos que representan un cuerpo muy apropiado de documentación político-científica en relación con la parte primera. Son, en total, sesenta documentos relativos a las instituciones de la Grecia clásica, y por tanto, su actualización se perfila perfectamente como un instrumento formativo-orientador para

aquellos que en su ámbito profesional intenten buscar —y encontrar— algún elemento de signo positivo para la vida política y social de hoy. Precisamente por eso, hecho muy interesante, ya que se evitan superficialidades un tanto inútiles en esta era superatómica y espacial en busca de nuevas estructuras sociales.

Eran instituciones democráticas, que conservarían su carácter formal hasta después de la derrota de los griegos, en septiembre de 338, y que puso fin a la *Polis*. Sin embargo, las circunstancias de desarrollo histórico fueron borrando estas características hasta el límite de

poder hablar de una caricatura de democracia, ya en la época de posteriores conquistadores del país. Eran fatales las alianzas con Macedonia o con Roma. Las clases dirigentes buscaban más bien beneficios en Roma que servir a la Patria. ¿Se repite o no la Historia?

Esta publicación tiene un sentido práctico, por estar destinada, tanto a los profesores como a los estudiantes de ciencia política. Es la modernidad de investigación: trabajar en equipos, en un ambiente en que el superior y el inferior encuentren la base común para su acti-

vidad recíproca, que, al fin y al cabo, ha de servir al bien de la correspondiente sociedad. Puede que el trabajo de Mossé contribuya en este sentido a la purificación de los ánimos innecesariamente perturbados. Porque primero hay que aprender para poder enseñar, y luego, para dialogar. Y viceversa, primero hay que aprender para poder entrar en diálogo. Ni más ni menos, la presente publicación se ofrece como un instrumento positivo para las correspondientes asignaturas de cualquier Universidad europea.—S. GLEJDURA.

S O C I O L O G I A

FERNANDO HERRERO TEJEDOR: *Memoria elevada al Gobierno nacional en la solemne apertura de los Tribunales*. Instituto Editorial Reus. Madrid, 1968; un volumen de 378 págs.

La Memoria que el fiscal del Tribunal Supremo eleva anualmente al Gobierno en el acto de apertura de Tribunales da ocasión a la primera jerarquía del Ministerio Público español para informar al Ejecutivo y al país del movimiento de la delincuencia y del estado de las instituciones llamadas a combatirla. A lo largo de décadas, varios de los más ilustres fiscales del Supremo —no olvidemos que por esa magistratura han pasado muchas destacadas figuras del Derecho y de la política, desde don Pedro Gómez de la Serna para abajo— aprovecharon la oportunidad de la Memoria para ofrecer auténticos estudios que constituyeron aportaciones valiosas a los campos de la criminología, de la sociología y del Derecho.

El volumen de que me ocupo contiene la Memoria que el actual fiscal, don Fernando Herrero Tejedor, leyó en la apertura celebrada el día 16 de septiembre de 1968. Varias vertientes se podrían apreciar en tal Memoria, donde,

además de exponerse la evolución reciente de la criminalidad en España y los medios en lucha contra la misma, se aborda un estudio de la institución del Ministerio Fiscal y se tocan diversas cuestiones de interés doctrinal y legislativo, que abarcan desde el desarrollo de la Ley Orgánica del Estado hasta el problema jurídico de los trasplantes de órganos vivos. De entre esos temas, aquí me referiré únicamente a los que, por incidir en la sociología y en la política criminal pueden ser de especial interés para la mayoría de los lectores de esta REVISTA.

La criminalidad en España —según pone de relieve Herrero Tejedor, apoyado en el número de procesos iniciados en el año último en comparación con los del precedente— ofrece un índice de estabilidad en sus cifras. Esa estabilidad general presenta incluso claros síntomas regresivos y afecta aun a las infracciones de tráfico, que eran las que, de año en año, venían habitualmente presentando

cifras de aumento. Siguen en línea descendente los delitos contra las personas, pero tienen ritmo creciente, en cambio, los delitos contra la propiedad. Y, aunque el balance español sea en conjunto satisfactorio (especialmente al contrastarlo con las cifras de otros países europeos), hay posibles motivos de preocupación si se considera que, como Herrero Tejedor advierte, «puede producirse una evolución, en cierto modo rápida, hacia un aumento de la criminalidad, ahora estacionada o en baja, si persisten y aumentan, como es previsible, las condiciones de baja moralidad que vienen presentando algunos sectores de nuestra sociedad.»

La delincuencia juvenil es campo donde marcadamente pudiera acentuarse un aumento de criminalidad en los próximos años y Herrero Tejedor estudia a este respecto, a base de datos de las Audiencias y de los Tribunales Tutelares de Menores, el estado de la delincuencia juvenil en España en sus tres diferentes parcelas: inadaptación infantil, delincuencia del adolescente y delincuencia juvenil estricta. También analiza en ese capítulo la procedencia social y familiar de los delinquentes, señalando el predominio entre ellos de los anormales y apuntando algunos problemas sociales que, como el del trabajo y el de la vivienda, influyen en el problema.

Las transformaciones de la sociedad española condicionan ciertamente las medidas de política criminal. A este respec-

to, Herrero Tejedor parte de «la extraordinaria mutación sufrida por la realidad social en los últimos tiempos y el proceso de aceleración histórica en que nos encontramos», y expone las ideas penales que han ido tomando cuerpo en relación con los conceptos de *estado peligroso* y de *medidas de seguridad*. Hoy «continuamos manteniendo un orden penal que no contempla con la fidelidad necesaria la realidad histórico-social en que vivimos». «El desarrollo sufrido, la mayor movilidad social, el mismo pluralismo en que nuestra sociedad contemporánea se desenvuelve, son factores determinantes de que aparezcan manifestaciones criminógenas no del todo previstas en las líneas del ordenamiento penal» (baste recordar las nuevas figuras delictivas, todavía no tipificadas en los Códigos, que inciden en el tráfico mercantil y, en general, en la economía). Y, lo que es más grave, «la conciencia social acaba por embotarse ante conductas inmorales que debieran alcanzar una inclusión en los Códigos».

Se presenta, así, «la necesidad de planteamiento de un nuevo orden penal, completo, que sea adecuado a las necesidades de la realidad vital de nuestro tiempo». Y Herrero Tejedor apunta varias ideas básicas para aquel planteamiento; su Memoria aporta, pues, además de muchos datos sugestivos para el sociólogo, algunas bases de trabajo valiosas para el legislador.—JOSÉ MARÍA CASTÁN VÁZQUEZ.

A. H. W. BECK: *Palabras y ondas*. Guadarrama. Madrid, 1967: 252 págs.

N. Abbagnano ha afirmado que «la sociedad es comunicación, y que los hechos sociales son relaciones de comunicación». Ese punto de vista —mantenido ya por M. Weber y por G. H. Mead— ha hecho fortuna sobre todo a partir de la segunda guerra mundial. Por otra par-

te, la comunicación es la piedra angular de muchos sistemas filosóficos contemporáneos.

El libro de Beck no abarca, sin embargo, el proceso completo de la comunicación, sino tan sólo los medios o instrumentos externos y artificiales que

sirven para transmitir informaciones. Ciñéndose aún más, su centro de interés son los medios eléctricos introducidos en los últimos tiempos.

Reconocemos que ese enfoque no es por estrecho menos interesante. Está fuera de dudas que el soporte físico o «canal», aun siendo externo, condiciona decisivamente la comunicación. La información ha de adaptarse a las limitaciones prácticas de los vehículos disponibles para transmitirla, porque de ellos depende su alcance. En definitiva, la eficacia de la comunicación depende tanto del medio físico empleado como del contenido informativo. Ambas condiciones son tan indispensables que el sociólogo debería estar más familiarizado con la parte «técnica» de los procesos de comunicación.

Las dos primeras partes del libro de Beck se ocupan de la necesidad y de la historia de las comunicaciones, y contienen noticias de interés para las ciencias sociales. En efecto: la comunicación es, según los casos, un medio de control, un instrumento de producción y un arma de combate. La vida entera de una sociedad depende de ella. Y el juego de las fuerzas sociales explica la renovación y proliferación de los medios de comunicación en los últimos tiempos.

Advertimos de paso que, así como algunos medios —verbigracia, el teléfono— multiplican los contactos y estrechan las relaciones interpersonales, otros en cambio —radio, televisión, etc.— difunden informaciones casi instantáneamente y en gran escala. La comunicación a través de los *mass media* es unilateral e irreversible, de modo que crea una polaridad: al *rôle* activo de unos pocos emisores se opone el pasivo de los innumerables receptores (=auditorio). La comunicación pasa a ser un espectáculo y desaparece la alternancia de *rôles* que existiría entre interlocutores. Los *mass media* centralizan la información, y ello tiene implica-

ciones sociales que N. Wiener y C. W. Mills han puesto de relieve.

Beck observa que las estadísticas compiladas en diversos países permiten ya inferir unas «leyes de crecimiento» de los sistemas de comunicaciones (págs. 24-38). El proceso, en efecto, parece ajustarse a una curva sigmoidea (=logística), análoga a la que representa una gran variedad de fenómenos naturales (reacciones químicas, crecimiento de organismos, incremento de poblaciones, etc.). Según eso, el aumento del número de aparatos tendría dos etapas: una primera de aceleración y una segunda de amortiguamiento, hasta alcanzar un «techo» relativamente previsible y estable (=saturación). Entre ambas fases, habría un punto de inflexión que correspondería al máximo de presión social. La curva sigmoidea tiene notables implicaciones matemáticas. El autor de esta crítica la aplicó en 1964 al proceso de sustitución lingüística (= *language shift*). Pero sospechamos que su extensión al crecimiento de los sistemas de comunicaciones tropieza con bastantes dificultades prácticas —cuando menos, la indeterminación de los parámetros—.

La tercera parte del libro expone brevemente la teoría general de la comunicación (Hartley, Shannon, Wiener, Nyquist, etc.); explica el uso de las ondas mediante la modulación, y examina la estructura de los medios modernos (radio-difusión, telefonía y radar). El capítulo final apunta las innovaciones previsibles en el terreno de la telefonía, la radio-difusión y la televisión, así como las aplicaciones del *laser* y de los satélites artificiales.

El volumen, pulcramente impreso e ilustrado, incluye una bibliografía sumaria (diecinueve títulos) y un índice alfabético.

Es de lamentar que la traducción castellana de M. Rico no sea irreprochable. Entre otras cosas, el lector extraña.

un insistente *Newfoundland* (págs. 71-73), cuya equivalencia (=Terranova) no aparece por ninguna parte. Por otro lado, y es objetable la traducción del verbo *to encode* como «codificar», precisamente bajo el epígrafe «Definición de términos» (página 49). Tal versión sería admisible si no ocurriese que el uso general, de acuerdo con la etimología, entiende que «codificar» significa *establecer* un código. Ese sentido tiene la palabra en la historia del Derecho. La única particularidad es que lo que se llama «código» en la teoría de la comunicación, es un sistema de señales o de síntesis, es decir: un lenguaje. En este sentido, por ejemplo, S. Morse codificó, y lo mismo cabe decir de quienes han creado los diversos sistemas de notación fonética, numérica, algebraica, musical, química, etc.

Pero una cosa es establecer y otra es usar. *Encoding* y *decoding* —que los franceses suelen traducir como *codage* y *décodage*— no se refieren al establecimiento de un código, sino al trámite de expresar o representar un mensaje, de acuerdo con un código previamente establecido. Tales son, por ejemplo, las operaciones que ejecuta el telegrafista, o bien quien escribe o lee una partitura musical. En ambos casos, lo que se hace es transcribir o traducir el mensaje de un código a otro, según un cierto sistema de equivalencias (=clave). Desde luego,

encoding y *decoding* son términos puramente relativos. El primero conviene cuando se pasa de un código ordinario o claro a otro especial o secreto —por ejemplo: de las letras a las rayas y puntos—, o bien de los sonidos a las notas sobre el pentagrama. *Decoding* significa la operación inversa.

Esto supuesto, parece que las equivalencias castellanas más felices son, respectivamente, «cifrado» y «descifrado» —o quizá «desciframiento». Llama la atención que tantos traductores castellanos —y no tan sólo M. Rico— olviden que su propio idioma dispone, desde hace mucho tiempo, de los verbos «cifrar» y «descifrar», que corresponden rigurosamente a los ingleses *to encode* y *to decode*. Una mayor conciencia del léxico disponible evitaría el uso injustificado y espurio de «codificar», y, sobre todo, la invención *ad hoc* de un extravagante «descodificar» que, de existir, sólo se aplicaría propiamente a la abolición o derogación de un código. Los traductores parecen incluso ignorar que el inglés cuenta también con el verbo *to codify*, equivalente exacto de «codificar», y que no es en absoluto sinónimo de *to encode*, como tampoco lo es *codification* de *encoding*. Pasar por alto esos contrastes equivale a empobrecer innecesariamente el vocabulario de las traducciones.—LUIS V. ARACIL.

ROBERT LAFONT: *La révolution régionaliste*. Gallimard. París, 1967; 252 págs.

Los cambios actuales llevan a enfocar la sociedad de una manera global y dinámica. Pocas veces ha sido tan patente como ahora que las grandes cuestiones teóricas responden a problemas reales de enorme trascendencia. En estas circunstancias, las aportaciones más valiosas han sido hechas convergentemente por historiadores y economistas, *extra moenia* de la sociología estricta. Aunque torpes y

viciados a menudo por la ideología, sus esfuerzos han sido audaces y positivos. En cambio, los desprevenidos sociólogos apenas han hecho otra cosa que adoptar —casi siempre sin discernimiento— las nuevas nociones, y hasta han agravado con su propia torpeza la confusión intelectual reinante.

El progresivo estrechamiento del horizonte sociológico, con la consiguiente

voga de los estudios fragmentarios y a muy corto plazo, ha llevado incluso a descuidar como vaga y superflua la noción crucial de «comunidad», reintroducida esporádicamente bajo rótulos diversos —«sociedad global», por ejemplo. Pues bien: el concepto de comunidad es complejo, pero no por ello menos coherente. Cuando menos, sirve para integrar campos de estudio en apariencia tan dispares como el medio geográfico, la demografía, el sistema y el proceso económicos, la estratificación social, la vida política, las ideologías, la cultura y el lenguaje. El grupo comunitario es una especie de matriz multidimensional en que numerosos factores complementarios interactúan de manera intrincada y cambiante. La comunidad, en suma, es un proceso histórico concreto dentro de un marco geográfico también concreto. Y, a diferencia de los demás grupos, engloba a la persona humana en su totalidad.

Lo anterior conviene plenamente al estudio de la cuestión regional. Al ignorar las conexiones que unen y explican sus distintos aspectos, los síntomas parecen flotar en el vacío y el problema mismo se volatiliza. Pero poco se gana partiendo, al contrario, de una afirmación genérica y *a priori* del hecho regional. Porque ese hecho —con todos sus problemas y síntomas implícitos— escapa tanto al confinamiento del técnico especializado como a la exaltación gratuita del idealista. La región, en definitiva, es una comunidad. Para entenderla conviene distinguir y relacionar muchas cosas. Creemos que el mérito principal de R. Lafont es el empeño y la habilidad con que ha sabido alternar en su ensayo el método analítico y el sintético que, unidos, son el único enfoque admisible.

Realmente, Lafont expone la cuestión regional de una manera plena y moderna, denunciando de paso la insuficiencia de las perspectivas estrechas y oblicuas, como el culturalismo historicista y apo-

lítico de la literatura felibre, el idealismo abstracto de cierta tradición federalista y el empirismo acrítico de los tecnócratas inventores de la «región-programa». El autor previene que esa «dicotomía de las perspectivas» frustra de raíz la comprensión del hecho regional e incluso conduce a «la desesperación ideológica que sería el reparto del hombre en dos dominios separados: el material y el cultural». La acción regional deberá así «hacer frente a las presiones reductoras que sufre la vida total de los grupos humanos», a fin de «liberar al hombre en su lugar de *habitat*, según todas sus dimensiones».

En rigor, «la alienación cultural y la económica son una misma realidad, que la historia explica» y la «bipartición entre pensadores culturales y pensadores economistas» debe ser imputada a «esa alienación activa». Según Lafont, la conciencia regional es «una conciencia desdichada, condenada a que la desgarran los artificios que le impiden llegar a la madurez y a la salud». Conviene, pues, indagar la «relación posible» que explica hechos de apariencia dispar, relación que sólo se descubre enfocando el marco comunitario en su totalidad.

Pero una comunidad no existe *in vacuo*, sino en activa convivencia con otras. Más que la vida de cada comunidad «en sí», nos interesan las relaciones entre comunidades —relaciones que son también un proceso intrincado, cambiante y concreto—. Por eso mantiene Lafont que «el problema regional se aclara siempre en la medida en que se plantea en términos franceses generales». Sin embargo, la frondosidad de la historiografía nacional y regional contrasta paradójicamente con la escasez de estudios internacionales e interregionales. Por fortuna, en el campo internacional la convergencia de la historia y de la economía —en la que han destacado autores como G. Myrdal y A. O. Hirschman— ha introducido la

noción de «desequilibrios», a los que suelen añadirse —como ocasión o como resultado— las interferencias exteriores.

En todo caso, los autores concuerdan en que el atraso relativo, la vulnerabilidad y la dependencia suelen agravarse en círculo vicioso, hasta constituir un proceso irreversible. El empobrecimiento no incluye sólo el evidente déficit cuantitativo, sino también el deterioro estructural que Lafont llama *déstructuration*. A la descapitalización y al despoblamiento se suman la pérdida cultural (= *déculturation*) y el consiguiente coste psicológico (= *déracinement*). F. Fanon describió ese proceso dentro del contexto colonial, y el estructuralista P. Bourdieu lo ha estudiado más sistemáticamente. Los procesos en cuestión no son exclusivos del llamado tercer mundo, sino que incluso se han dado en la Europa occidental —por ejemplo, en la Irlanda de los últimos siglos—.

La suerte de esas comunidades condenadas a una regresión sin esperanza ha sido imputada —muchas veces con razón— a interferencias exteriores. La literatura sobre el colonialismo y el imperialismo es abundante. Pero, con gloriosas excepciones, la crítica ha sido más ideológica y moralizadora que científica. La mayoría de los autores han improvisado —pero no definido— una serie de nociones *ad hoc*, de muy escaso valor conceptual. A nuestro entender, existe un síndrome característico y muy general que aparece en una amplia gama de situaciones. Aparte ciertas coincidencias básicas, es indudable que caben infinitas configuraciones singulares, algunas de ellas paradójicas. Claramente, el caso de una comunidad *no* es el de otra. Pero eso *no* descarta ni invalida las analogías, sino que las realza.

La ciencia avanza generalizando, gracias a un proceso de abstracción sistemática. Por eso opinamos que la teoría debe esclarecer en qué sentido los diversos casos de «desequilibrio» *no* son enteramente heterogéneos. Los autores a que aludimos anteriormente han desmenuzado el síndrome en una serie de «efectos» (= *domination, backwash, polarization, spread, demonstration*, etcétera). Todos esos «efectos» tienen una gran utilidad descriptiva y analítica, pero quizá oscurecen lo fundamental. El repertorio podría ser reducido con ventaja a una disimetría en las relaciones entre comunidades, el corolario dinámico de la cual es la involución estructural, que cabe concebir en términos de un aumento de entropía.

Creemos así que, al desarrollar la idea de «colonialismo interior», Lafont ha dado un paso afortunado en el sentido de depurar y universalizar el bagaje conceptual disponible, esquivando tanto la vaguedad confusionaria como el esquematismo dogmático. Lo que el autor mantiene es que el término «colonialismo», en la medida en que tiene un contenido objetivo, puede contribuir —con todas las salvedades— a esclarecer la cuestión regional. La elección concreta del rótulo puede ser discutida, pero el intento universalizador merece aplauso.

Lafont, en suma, ha planteado la cuestión regional en los términos adecuados. Su obra es una incitación intelectual, y no pretende ser definitiva. Limitando su objeto, ha examinado la historia francesa a partir de la Revolución. Pero, aunque los datos que aduce sean particulares, la lógica con que los relaciona es de una validez mucho más general, al menos europea.—LUIS V. ARACIL.

Il comportamento elettorale. Bibliografia internazionale di studi e ricerche sociologiche a cura di Giordano SIVINI. Quaderni dell' Instituto di Studi e Ricerche Carlo Cattaneo. Società Editrice il Mulino. Bologna, 1967; 163 págs.

Reúne la relación bibliográfica de 2.754 estudios relativos al comportamiento electoral, publicados en inglés, francés, italiano y alemán. El propósito fue llevar a cabo la preparación teórica y metodológica de una investigación acerca del comportamiento electoral en Italia.

El criterio de clasificación es el lingüístico: 999 títulos corresponden a otros tantos libros y artículos publicados en lengua inglesa; los títulos del 1.000 al 1.999 en francés, del 2.000 a 2.499 en alemán, y el resto en italiano. En el ám-

bito de cada área lingüística la bibliografía se ha catalogado en orden cronológico, por años y, dentro de cada año, alfabéticamente, por autores.

El editor, G. Sivini, en una breve introducción, pasa revista a las tendencias perspectivas de esta rama de la sociología en los siguientes países: Francia, Bélgica y Holanda, Norteamérica, Gran Bretaña, Países Escandinavos, Alemania Federal y Australia, Polonia e Italia.

Un índice final de autores facilita la consulta.—D. N.

C. WRIGHT MILLS: *The sociological imagination.* Oxford University Press. Londres, Oxford, Nueva York, 1967; 234 págs.

La actual sociología norteamericana es, sin duda alguna, entre las más avanzadas del mundo. Los problemas tecnológicos, las consecuencias últimas de la escuela marxista y sus derivaciones, la renovación del pensamiento sociológico weberiano, la preocupación profunda por el destino del hombre y su libertad en el seno de la sociedad superdesarrollada y supertecnificada, todo esto es materia ampliamente, dramáticamente, tratada por la sociología norteamericana de nuestros días. Los nombres que la integran han empezado a circular en Europa solamente en los últimos años y no son precisamente los que mayor éxito han tenido los que más seriamente se inscriben en la evolución real del pensamiento sociológico contemporáneo.

Entre estos últimos, los de real valía y seriedad en sus estudios y en sus diagnósticos, C. Wright Mills es acaso uno de los más destacados y más merecedores de ser conocidos. Antes del libro que ahora tenemos ante la vista, Wright Mills

había publicado libros como *The causes of world war three*, libro que acaso vuelva a tener ahora una trágica actualidad aunque apareciera en 1958; *From Max Weber* (1946); *The new men of power* (1948); el célebre *White collar* (1951), sobre la situación de la clase media americana; *Character and social Structure* (1953); *The power Elite* (1956). Con posterioridad al libro sobre la *Imaginación sociológica* que es del 1959 (y de cuya traducción española se dio noticia en el número 128 de esta REVISTA), este autor ha publicado otros como *Images of man* (1960), *The marxists* (1962), *Power, Politics and People* (1963) o *Sociology and Pragmatism* (1966). El libro que merece ahora nuestra atención es, sin duda alguna, un libro importante. Importante por la novedad que aporta en el orden del pensamiento sociológico, por lo atrevido de sus observaciones, por la crítica aguda avanzada, de cara al futuro, que hace de la sociedad americana y de su

civilización, que es, en definitiva, la forma social del mundo futuro, por la incandescencia mental de su análisis, por su visión clara y excitante, por su estilo y por la fuerza con que supera los límites del pensamiento rigurosamente sociológico sin traicionar nunca sus valores esenciales. Capítulos como los que dedica en este libro al empirismo abstracto, al *ethos* burocrático, a las relaciones entre razón y libertad, a la filosofía de la ciencia, a la situación de la política y los políticos, constituyen lecciones magistrales de estilo y actualidad. Su crítica del liberalismo y del marxismo en la creación de la fractura ontológica entre razón y libertad, es no menos

magistral. Por ello concluye él que el supremo desarrollo de nuestro tiempo ya no puede ser interpretado ni en términos liberales ni en términos marxistas, estériles ya, unos por su carácter de ambigüedad, otros por la monstruosa reducción de la dinámica histórica a la burocracia y la planificación. Sin recuperar su racionalidad, el hombre no podrá alcanzar unos términos auténticos de su libertad en la complicada época en que vive y actúa. Sólo así los hombres *desearán naturalmente ser libres*, que es condición esencial de su nueva libertad en términos de imaginación sociológica, términos de la «cuarta época» social del Occidente.—G. U.

HARRY M. JOHNSON: *Sociología. Una introducción sistemática*. Editorial Paidós. Buenos Aires, 1965; 734 págs.

El funcionalismo, como se sabe, nació como una reacción contra los métodos comparativo e histórico en sociología, y, en general, con un intento de crítica contra el evolucionismo. El primero que definió el concepto de función social fue Spencer, pero quien lo dotó de contenido y lo formuló rigurosamente fue Durkheim. Radcliff-Brown lo amplía, y con Malinowski se aplica a la antropología social. Como teoría sociológica, el funcionalismo se propone explicar los fenómenos sociales en función de la parte que desempeñan en el mantenimiento de la existencia de una sociedad. En este sentido, en Estados Unidos constituye la principal corriente académica de pensamiento sociológico, con figuras tales como Parsons y Merton. Sin embargo, a pesar de contar con una considerable historia, la corriente funcionalista americana no había sido objeto de tratamiento específico de su problemática y logros hasta la aparición de esta obra de Johnson, que constituye la primera introducción sistemática al funcionalismo americano.

Los conceptos centrales de dicha teoría sociológica son los de *estructura y función*. La «estructura» de algo consiste en las interrelaciones relativamente estables entre sus partes. Siguiendo a Johnson podemos decir que la estructura de un sistema social incluye lo siguiente: 1. Subgrupos de varios tipos, interrelacionados por normas de relación. 2. *Rôles* de varios tipos, dentro del sistema mayor y dentro de los subgrupos. 3. Normas de regulación que conciernen a los subgrupos y los *rôles*. 4. Valores culturales. Cada uno de estos elementos puede ser llamado una «estructura parcial». Por otra parte, todo sistema social debe resolver cuatro problemas funcionales, son éstos: 1. El mantenimiento de las pautas y manejo de las tensiones. 2. La adaptación. 3. El logro de fines. 4. La integración. La estructura de un sistema social puede ser analizada en relación con estos cuatro problemas funcionales.

Pasando a examinar los niveles de la estructura social, hay que tener en cuenta que en todo análisis funcional es muy

importante contar con la siguiente regla: «que las estructuras parciales tienen funciones (cuando las tienen) respecto de un sistema del que forman parte. Si la sociedad es el sistema de referencia, los subsistemas inmediatamente subordinados son subsistemas funcionales de la sociedad». Debajo de este nivel estarán los grupos especiales. Un corte entre estos dos niveles es lo que puede ser llamado «subsistemas estructurales de la sociedad». Para cada uno de los cuatro problemas funcionales que tiene la sociedad hay un correspondiente «subsistema funcional de la sociedad. La economía es el subsistema adaptativo de la sociedad, en el sentido de que produce bienes y servicios que pueden ser utilizados para una amplia variedad de propósitos —propósitos del Gobierno, de la familia, de las organizaciones comerciales y de grupos de otros tipos—. Con respecto al problema del mantenimiento de pautas y el manejo de la tensión, la familia es evidentemente primaria. Es el principal agente de socialización de la sociedad. En lo referente al logro de fines, el Gobierno tiene la primacía para tratar de ocuparse de este problema; sin embargo, mejor que de gobierno habría que hablar de «la política». El subsistema integrativo es el más difuso de todos.

El hecho importante que guía los propósitos del autor de la obra, es ver que los conceptos de estructura y función son instrumentos valiosos para el análisis objetivo de los sistemas sociales. Una imagen adecuada de la coherencia interna del sistema en el funcionalismo se logra

de dos maneras: la primera se apoya en la noción misma de sistema, porque al definir los elementos del mismo lo hace de tal manera que éstos sólo cobran realidad si son referidos a la totalidad, es decir, al sistema. La segunda, consiste en el carácter estático que atribuye al sistema, que permite una imagen más simplificada y armoniosa que otras alternativas, por ejemplo, la de un sistema que se encuentra cambiando continuamente. Este efecto se logra de manera aún más acusada si la dinámica del sistema es básicamente una dinámica de integración e interdependencia.

El autor considera a la teoría sociológica como un instrumento conveniente y, al mismo tiempo, como un eventual objetivo. Y, aunque en el libro desarrolla una teoría estructural funcional, combina este análisis con el de sistemas que admiten temas como poder, estratificación o cambio social en el centro de sus análisis (sabido es que el funcionalismo se muestra reticente a incluir tales temas en sus análisis). Comparado con otros libros, el de Johnson dedica especial atención a la estructura social, al análisis funcional, la socialización, la ideología, las fuentes de la conformidad y la desviación y el cambio social. Hay largos capítulos referidos al parentesco, las instituciones económicas y políticas, la religión y la estratificación y, en cambio, sólo toca brevemente temas como la teoría de la población, la sociología de la comunidad, los sistemas formales de educación y la sociología de los pequeños grupos.—TOMÁS NAVARRO CALAMA.

RELACIONES INTERNACIONALES

VÍCTOR ANDRÉS BELAUNDE: *Veinte años de Naciones Unidas*. Ediciones Cultura Hispánica. Madrid, 1966; XXIII-398 págs.

El ilustre diplomático y publicista peruano Víctor Andrés Belaunde es el autor del libro que comentamos, *Veinte años de Naciones Unidas*, en el que hace un recuento histórico de la vida de este organismo internacional desde su nacimiento, con la firma de la Carta de San Francisco, hasta nuestros días. Estudio de fidelidad indudable pues al prestigio del señor Belaunde se añade la circunstancia de haber sido partícipe activo de la vida de la Organización desde su nacimiento, por su condición de delegado del Perú y después como presidente, cargo para el que fue elegido en 1959.

«La historia de las Naciones Unidas —dice el autor— envuelve realmente la pintura de la vida de la Humanidad en los últimos tiempos. No ha habido problema que no se haya discutido o que no haya tenido eco en las Naciones Unidas. Ha sido el alto escenario para los momentos más emocionantes de la tragedia humana». Estas líneas justifican ya de por sí el indudable interés que la lectura de este libro tiene para el conocimiento de la historia de nuestros días.

Distingue el autor distintas etapas en el decurso histórico de la O. N. U., etapas o períodos iniciados por episodios o rasgos que han reflejado diversos aspectos de la Institución, así: La dramática discusión y aprobación unánime de la Carta de San Francisco, constituye el primer período.

El segundo se extiende desde la suscripción de la Carta hasta la crisis coreana en 1950; período de iniciación y de prueba.

El tercer período abarca desde la crisis coreana hasta la admisión de nuevos miembros, en septiembre de 1955; pe-

riodo de consolidación no sólo por el aumento de miembros sino por el ensayo que se hizo del poder coactivo de la Institución en el asunto coreano.

El cuarto período va desde septiembre de 1955 hasta la crisis cubana.

El quinto período se abre con la crisis cubana, culminación dramática de la guerra fría y audaz tentativa de Rusia para extender su influencia hasta el Continente americano.

Estos cinco períodos sirven al autor de líneas maestras para la distribución sistemática de la obra, que concreta en sus XXXV capítulos en los que examina críticamente los acontecimientos que distinguen los anteriores períodos y que puntualiza su trascendencia, así: el asunto de Palestina, la cuestión española, el problema del desarme, la conferencia de Caracas, Suez, Hungría, los *Sputniks*, el Congo. «La vida de las Naciones Unidas —dice el autor— encarna un conjunto muy complejo de elementos de orden jurídico, moral y económico. A estos factores de orden tangible hay que añadir otros indiscernibles e imponderables, como los llamaba Bismark: accidentes o episodios imprescindibles, influencias a veces subconscientes y servicios de personalidades superiores o geniales que aparecieron providencialmente, como Foster Dulles, el secretario Hammarskjöld y, por último, el Presidente Kennedy.»

El último de los capítulos del libro está dedicado a un acontecimiento de singular trascendencia como fue la visita de Su Santidad Pablo VI a la Sede de las Naciones Unidas, transcribiendo el importante discurso pronunciado por el Vicario de Cristo en su abnegado pere-

grinaje de paz, en el que leemos palabras de aliento a la labor de las Naciones Unidas para proseguir en la consecución de ese sublime objetivo y que el autor, con confiada esperanza, mantiene cuando dice que «las Naciones Unidas, sobre todo la Asamblea, son el escenario de ese coloquio y contacto entre las pequeñas potencias y de la más efectiva colaboración entre ellas y las grandes naciones que han dirigido la política internacional. Por responder a esa necesidad vital de la Humanidad, las Naciones Unidas han sobrevivido a tantas crisis, y estamos seguros de que superarán la que la ha afectado precisamente en el momento en que se pre-

paraba a celebrar el vigésimo aniversario de su creación».

Queremos destacar el lenguaje preciso y la redacción fluida con que el autor enlaza cada uno de los documentados capítulos que integran la obra. Detallados índices completan el texto.

En síntesis, un libro de provechosa lectura y de notoria significación espiritual como queda recogida en las líneas iniciales de la dedicatoria: «Dedico este libro, testimonio de la vida de las Naciones Unidas, como homenaje a la cultura tradicional de la comunidad hispánica, a la que debemos el derecho de gentes y el ideal de una familia de naciones.»—MANUEL TRENZADO RUIZ.

A Short Guide to Clausewitz on War. Editado y con una introducción por Roger ASHLEY LEONARD, prefacio de Michael HOWARD. Weidenfeld and Nicolson. Londres, 1967; 237 págs.

Las razones de la actualidad de Carl von Clausewitz.—La guerra fría, las luchas de guerrillas en Vietnam o Bolivia dan a los escritos del escritor militar prusiano y oficial de Estado Mayor un carácter de permanencia, que es lo que ha llevado a las Editions de Minuit, grupo de orientación trotskizante de París, a publicar recientemente *De la guerre*, y es lo que ha hecho al propio Carl Schmitt, autor ya clásico, tratar repetidas veces el tema Clausewitz. Por si fuera poco, un sociólogo y publicista como Maurice Duverger atestigua la relevancia actual de estos temas al hablar de la guerrilla cuando trata la violencia en el combate político en su *Sociologie politique*. El propio hecho de que en 1967 se publique una antología en Inglaterra con otros fines que la mera erudición da una idea de la importancia moderna de las teorías clausewitzianas. Ello se debe, básicamente, a la naturaleza de la guerra en *Vom Kriege*, instrumento de la política, y a la

teoría partisana. Ambas cosas están muy entrelazadas. Schmitt dice en la *Teoría del partisano* que «la fórmula de la guerra como continuación de la política implica ya *in nuce* una teoría del partisano».

Este libro que edita el profesor Leonard es una selección de textos de la famosa obra *Vom Kriege* (*Sobre la guerra*); textos que están escogidos con un criterio fundamentalmente militar. Por esta razón sorprenderá algo al lector las referencias relativamente escasas a lo que en Clausewitz ha resultado tener una importancia preponderantemente o casi exclusivamente política.

Para Carl Marie von Clausewitz la guerra «es un conflicto de grandes intereses que se soluciona por efusión de sangre, y sólo en eso se diferencia de los otros. Sería mejor, en lugar de compararlo con cualquiera de las artes, asemejarlo a la competición de negocios, que es también un conflicto de intereses y actividades humanas; y es todavía más como la política de un Estado, la

cual, de nuevo en su aspecto, puede considerarse como una especie de lucha de negocios en gran escala. Asimismo la política del Estado es el seno en que se desarrolla la guerra...» Y en otro lugar: «La guerra es sólo una parte del tráfico político, y por lo tanto, en absoluto algo independiente en sí mismo... Es... una continuación del intercambio político, con una mezcla de otros medios.» La política no influye en los detalles concretos de la guerra, pero sí en su planteamiento; y la guerra no es ese concepto abstracto del combate puro, sino que es más bien una parte de una totalidad, por lo que no se rige sólo por sus propias leyes: «Si la guerra pertenece a la política, naturalmente tomará su carácter de allí.» «En una palabra, el arte de la guerra es, en su más elevado punto de vista, política; pero, sin duda, una política que libra combates en lugar de escribir notas.» Clausewitz pareció comprender la trascendencia de su obra cuando escribió (vol. I, pág. XXV, ed. 1832) que los seis primeros libros —naturaleza y teoría de la guerra, estrategia, defensa, fuerzas militares, el combate— contenían «algunas teorías capitales que podían conducir a una revolución en la teoría de la guerra». Esta revolución en la teoría de la guerra, que después efectivamente se produjo, se operó fundamentalmente a través de dos ideas reformistas: una, la mencionada acerca de la naturaleza y teoría de la guerra, la cual aquí solamente recuerdo, y la segunda, la que lleva a Clausewitz a rechazar la guerra clásica del *ius europaeum*, guerra de caballeros enemigos que no se discriminan como criminales, a través de acoger, por un lado, la *guerre nationale* de la *levée en masse* (no la *Volkswehr* de *das Volk in Waffen*), y por otro, la guerra de guerrillas, guerra no formal, y en un sentido histórico, ajurídica, imposible de someter a normación. Parece que, en primer lu-

gar, se supera la guerra anecdótica anterior a la Revolución de 1789 para introducirnos en una guerra de macro-unidades militares, completamente racionalizada y organizada. Son unos conceptos ya modernos que hacen que no vaya mucha diferencia de los ejércitos de Napoleón Bonaparte a los de Adolfo Hitler; sobre todo en su incapacidad de reacción ante las guerrillas. Aquí hace hincapié el profesor Leonard. Pero esta guerra de ejércitos uniformados, coherente, sometida a algún género de normas, es, a su vez, superada por lo que más relieve está teniendo de todo según Clausewitz: la fricción, la guerra de guerrillas, los gérmenes de la guerra fría. Se trata de hacer una guerra empleando en ella todos los recursos del país y dándole un papel importante al elemento moral, a la opinión pública. Sorprendería el parecido con las guerras de liberación comunista si no existiese una clara línea de *Vom Kriege* a la *Tetradka*, de Lenin, y a Mao Tse-tung, «nuevo Clausewitz». Y al rechazarse la distinción tajante guerra-política, se rechazan los conflictos clásicos y su distinción perfecta entre los estados de guerra y paz: el germen de la moderna guerra fría.

El Clausewitz de Roger Ashley Leonard.—La gran relevancia de Clausewitz, su actualidad, se deben sobre todo no a sus doctrinas tácticas ni a lo que en él hay de militar, sino más bien a aquello de sus ideas que es más político. Aunque esta antología va dirigida a unos destinatarios como historiadores militares o alumnos de Escuelas de Guerra, parece poco clausewitziano descuidar el elemento político al hablar de *Vom Kriege*. Pero el riesgo de posponer partes interesantes de la obra se corre siempre que se hace una selección de un libro así. Como dice en el prólogo Michael Howard, *Vom Kriege* raramente se lee en su totalidad... Para entender a Clausewitz debe leerse completamente; en

otro caso es fácil presentar una imagen deformada. Es posible que estemos ante algo de eso; la idea de Howard es justamente contraria a esta obra. Con esta *Short Guide*, la imagen definitiva que uno se forma de *Vom Kriege* viene a ser, más o menos, la de una obra que resuelve, con criterios militares, las dificultades militares de la guerra. Personalmente, me parece mejor la imagen que presenta Carl Schmitt en la *Teoría del partisano* o en *Clausewitz o el honor de Prusia*, conocida de todos. Pero en este caso no se trata, a mi modo de ver, de una simple discrepancia de enfoque, sino también de que no se ha captado completamente la esencia del oficial prusiano muerto en 1831, cuya obra fue recogida y publicada póstumamente en 1832. Por ejemplo, el profesor Leonard cree que los hechos militares clave que informan el pensamiento de Clausewitz son los diferentes modos de conducir la guerra que tenían Federico el Grande y Napoleón. Ni una referencia a las guerrillas que contra Bonaparte se levantaron en España y en el Tirol. En cambio, sabemos que tuvieron gran influencia en el Estado Mayor prusiano, al que pertenecía nuestro oficial, el Corso Terrestre de 1809, y el Reglamento de Partidas y Cuadrillas de 1808. Con Gneisenau y Boyen, Clausewitz redactó el famoso memorándum de 1812, en el que se refiere a las experiencias de la guerra popular española. Ya en 1809 Clausewitz escribe al filósofo Fichte opinando que la guerra del futuro será la del tipo de guerrillas, y le dice que admita este género de guerras populares.

En esta *Short Guide* hay también un uso impreciso de los conceptos de guerra nacional, *levée en masse*, *Volk in Waffen* (permítaseme usar esta expresión de Von der Goltz, que, al fin y al cabo, debió mucho a Clausewitz), guerra popular. La *Volkswehr*, la guerra

popular, es el tipo de guerrilla; movimiento del pueblo, difícilmente subsumible en normas; como dice el propio Clausewitz al hablar de ella, «para la cual no se necesita ningún plan formal». Es el combate de los paisanos armados; precisamente en *Vom Kriege* se usa esta expresión. Quizá por semejanzas terminológicas se produce este empleo equívoco. «La guerra se convirtió, bajo Napoleón, en un acontecimiento del pueblo y de la nación.» La participación del pueblo amplió las posibilidades de la guerra en cuanto a esfuerzos y recursos, dice Roger A. Leonard en la página 11. Por otra parte, aparecen conceptos como el de «guerras del pueblo» (página 223), referido a la guerrilla, precisamente en un breve comentario que precede a los textos sobre guerrillas, capítulo noveno de la antología, bajo el título «Guerrilla Warfare». En este tema se desmorona también el papel que el editor asigna a Clausewitz de intérprete de Napoleón; es claro que fue intérprete de las experiencias española, tirolesa y rusa contra Bonaparte precisamente, lo cual no excluye la tesis del profesor Leonard, pero la deja un tanto incompleta. Desde luego, la *guerre nationale* es la de la *levée en masse*, producto de las revoluciones americana y francesa; muy diferente es el pueblo en armas, la guerra popular, el partisanismo y las guerrillas. Son justamente los conceptos opuestos. Clausewitz, recogiendo el ambiente intelectual de aquel Estado Mayor prusiano de Scharnhorst, Gneisenau—sus maestros, profundos admiradores del ejemplo español—, enfrenta el primer concepto, concepto y experiencia napoleónica, al segundo, experiencia antinapoleónica con pocos conceptos previos; lo perfecciona intelectualmente el Estado Mayor prusiano, y Clausewitz viene a hacer, como dice Carl Schmitt, la presentación intelectual en sociedad del guerrillero.—A. CARLOS PEREIRA.

INSTITUT DE SOCIOLOGIE: *Les Communautés européennes et les relations Est-Ouest*. Université Libre. Bruselas, 1967; 166 págs.

En colaboración con el Centro de Estudios de los Países del Este, el Instituto de Sociología, de la Universidad Libre de Bruselas, organizó, del 31 de marzo al 1 de abril de 1966, un coloquio internacional sobre las comunidades europeas y las relaciones entre Este y Oeste. Participaron eminentes economistas de los dos bloques, aunque no de manera exhaustiva, sino más bien representativa de las actuales corrientes internacionales referentes a las relaciones internacionales, sobre todo en el marco europeo.

Sí, está en juego Europa. Tanto los comunistas como no comunistas tienen gran interés en la normalización de la situación en el Viejo Continente; claro está, cada uno de los dos bandos a su manera. Sin embargo, parece que este antagonismo engendra elementos comunes que pudieran basarse en las relaciones económicas. A nuestro juicio, este «diálogo» es el resultado del hecho de que ni el comunismo internacional consiguió conquistas profetizadas por sus prohombres a expensas del capitalismo, ni éste se encuentra en condiciones de desintegración, según informan incluso «expertos» no comunistas propiamente dicho.

El coloquio no tuvo carácter oficial, y por tanto, el resultado de las observaciones, discusiones e intercambio de opiniones recogido en la presente publicación no es sino una expresión privada de hombres que, no obstante, influyen considerablemente en el desarrollo de sus respectivos países. A pesar de ello, la opinión manifestada es de gran importancia al valorar los hechos. Además, estadísticas del comercio entre Este y Oeste permiten valorar más de cerca dichos hechos.

La existencia y el desarrollo de las comunidades europeas son considerados por los países del Este como freno a su propio desarrollo. Los Seis practican una política común, y los países del bloque soviético preferirían, en este sentido, una política bilateralista. Otra dificultad para las relaciones económicas entre los dos bloques consistiría en que se trata de un antagonismo entre la economía de mercado y la de Estado. De esta manera se podrán localizar los obstáculos políticos y económicos existentes, y también las posibilidades objetivas de colaborar, cosa ya más difícil de lo posible.—S. GLEJDURA.

PENSAMIENTO POLITICO

JOHN K. NELSON: *The Peace Prophets (American Pacifist Thought, 1919-1941)*. The University of North Carolina Press. Chafel Hill, North Carolina, 1967; 154 págs.

Dentro de la colección de estudios James Sprunt, en Historia y Ciencia política, que publica la Universidad de North Carolina, se recoge esta obra de John K. Nelson, dedicada a exponer el pensa-

miento pacifista americano que se produce en el período comprendido entre las dos guerras mundiales, y en un libro que su autor titula *Los profetas de la paz*.

En los últimos años, los movimientos pacifistas en los países occidentales han estado de plena actualidad, motivado por una serie de hechos que a ninguna mente abierta escapan, entre los cuales destacan sobre todo la guerra de Vietnam y la invasión de Checoslovaquia por las tropas del Pacto de Varsovia.

Hechos como éstos, y otros de menos categoría, han influido en la proliferación de movimientos en pro de los derechos humanos que han surgido en todos los países. Pero estos movimientos no son de ahora; como dice el autor, esta atracción contemporánea hacia la no violencia es menos un descubrimiento que un redescubrimiento. Su libro precisamente trata de hallar algunos antecedentes del movimiento pacifista, aunque su visión está referida casi exclusivamente al mundo americano y al período de entreguerras. Los tres problemas que investiga el autor a través de los pacifistas americanos son: la naturaleza y causas de la guerra, la relevancia del pacifismo en la búsqueda de una justicia económica y social y la formulación de un programa para un orden estable internacional.

Nelson comienza el libro haciendo una introducción al pacifismo y a los escritores pacifistas americanos. Las fuentes del pacifismo en la experiencia americana le parecen primariamente religiosas; entre los ministros protestantes profesores del pacifismo encuentra, entre otros, a Ernest Tittle, Kirby Page, Harold Basley y Paul Jones. De teólogos y educadores religiosos incluye a George Coe, Albert Palmer, John Bennett y Reinhold Niebuhr. También dedica un recuerdo a los líderes pacifistas europeos. El autor analiza a continuación el pacifismo y la naturaleza y causas de la guerra. Tradicionalmente el pensamiento pacifista ha apelado a la religión o a las convicciones

morales del hombre, pero también ha recurrido a valores utilitarios y al sentido común, e igualmente ha hecho una llamada al miedo. Por eso, el autor estudia cinco aspectos que pueden llevar al entendimiento de la naturaleza de la guerra. Son éstos: la guerra como pecado, la guerra como tecnología, la guerra y las instituciones políticas, la guerra y los factores psicológicos y sociales y la guerra y la utilidad.

Sigue, después, un capítulo destinado a examinar el pacifismo y la lucha por la justicia económica y social. En la controversia sobre la violencia y no violencia se plantea tres problemas —¿cuáles son las fuentes del radicalismo común?; ¿cuáles son la naturaleza y las implicaciones del debate sobre el problema de la violencia y no violencia como medio para un cambio social efectivo?, y ¿qué aspectos específicos de la injusticia social y económica ha desafiado el pensamiento pacifista?— que desarrolla siguiendo las opiniones y las controversias de los escritores y de los movimientos pacifistas. La última parte versa sobre el pacifismo y el logro de una paz duradera y justa. Siguiendo al más prolífero escritor pacifista de entreguerras, Kirby Page, el autor expone los pasos que, según Page, conducirían a la paz. Son éstos: la creencia de que el capitalismo debería ser eliminado y reemplazado por el socialismo, el repudio de la intervención americana en otros países so pretexto de garantizar la seguridad personal y las propiedades de los ciudadanos americanos, y el desarme. Pero la naturaleza de la paz es un arduo problema a resolver entre pacifistas y no pacifistas, en un encuentro de inteligencias.

El libro se completa con una bibliografía de libros, diarios y revistas dedicados a temas que se plantean.—TOMÁS NAVARRO CALAMA.

PEDRO LAMATA MEJÍAS: *Sindicalismo de participación*. Prólogo de Adolfo MUÑOZ-ALONSO. Instituto de Estudios Sindicales, Sociales y Cooperativos. Madrid, 1967; 243 págs.

Sindicalismo de participación constituye el primer libro que, dentro de una colección de monografías especializadas, ha publicado el Instituto de Estudios Sindicales, Sociales y Cooperativos de Madrid, y, ciertamente, no ha podido ser más afortunada la elección del autor y, claro está, del título de la obra con el que se inicia la referida colección. En cuanto al autor, por tratarse, en efecto, de un auténtico especialista de la materia que en sus «notas de andar y ver» ha registrado ideas y conceptos procedentes de diversas latitudes, pues ha recorrido infinitos países en los que no solamente —como conferenciante— ha hablado del contenido doctrinal de su libro, por ejemplo, la tercera parte de la obra que comentamos ha sido dada a conocer en Alemania occidental, Argentina, Chile y otros puntos geográficos, sino que también este incesante peregrinar ha servido al autor para que, entre otras cosas, pudiera compulsar el estado de la opinión pública internacional sobre la idea y el concepto que en los círculos políticos europeos y en la mayor parte de los de Hispanoamérica se tiene sobre el tema eternamente sugestivo del *sindicalismo*.

Han existido épocas en las que, efectivamente, hablar del sindicalismo o era hacer demagogia o, por el contrario, era atentar contra la libertad del hombre, pues, se pensaba que lo que el hombre como ser libre y consciente introduciría en el orden social era lo mejor, lo adecuado, lo imprescindible, era la época histórica del *laissez faire*, *laissez passer*. Este libro recoge algunos aspectos de la evolución y de la transformación que los programas sociológico-políticos han experimentado hasta llegar a comprender que el sindicalismo constituye hoy uno de

los puntos de apoyo esenciales del Estado moderno.

El profesor Lamata Mejías ha estudiado con profundidad y orden cada uno de los aspectos que caracterizan al fenómeno sindicalista de nuestro tiempo: *Historicidad*, *institucionalización*, *politización* y *ensanchamiento de sus fines*, por lo pronto, los matices que el autor analiza con mayor detenimiento, ello, precisamente, le permite profetizar la futura estructura y la nueva función que, como consecuencia del desenvolvimiento económico, el sindicalismo ha de llevar a cabo, pues, señala el autor, ahora estamos en el momento más adecuado para la definitiva consolidación del sindicalismo con ocasión de que «en la actual etapa de neocapitalismo, o de capitalismo social, el propietario de los medios materiales de producción —individual o colectivo— ha dejado de ser árbitro omnipotente del proceso económico».

Por otra parte, comprenderá el lector que la frondosidad temática del libro encierra otras y más profundas concepciones doctrinales de las hasta aquí ligeramente esbozadas, a saber: *la democracia económica*, *la socialización*, *el pacto social del sindicalismo*, *el capitalismo* y *el orden social*. Los límites editoriales de una noticia de libro no son más corteses, sin embargo, aún conscientes de infringirlos es preciso decir que el tema más atractivo de cuantos se insertan en el libro es, sin duda, el dedicado a *la socialización*, quizá porque, quiérase o no, origina la perturbación y disolución entre los autores y los sistemas doctrinales que se han ocupado del mismo y, además, es evidente, según el profesor Lamata Mejías, que «la política de los países occi-

dentales, fundamentada en los principios de economía libre o lucrativa que procura salvaguardar, se ve constreñida, no

obstante, a incorporar a su vez principios socialistas, cada día en mayor proporción».—J. M.^a N. DE C.

TEMAS UNIVERSITARIOS

JERRY L. AVORN: *Up Against the Ivy Wall. A History of the Columbia Crisis.* Introducción de Robert FRIEDMAN; con los editores del «Columbia Daily Spectator». Atheneum. Nueva York, 1969; 307 págs.

De entre las manifestaciones de violencia que se vienen sucediendo en distintas Universidades norteamericanas, agudizadas en 1967 y 1968, probablemente las de mayor resonancia —prescindiendo de las iniciales en la Universidad de California, en Berkeley, en el otoño de 1964— fueron las que tuvieron lugar en la Universidad de Columbia, en Nueva York, en los meses de abril y mayo de 1968.

Up Against the Ivy Wall es una narración periodística de estos episodios hecha con extraordinaria soltura y gran amenidad, mantenidas a todo lo largo del libro; algo que debe ser resaltado precisamente porque los autores de la crónica no son periodistas profesionales, sino el pequeño equipo de Redacción del *Columbia Daily Spectator*, el periódico estudiantil de la Universidad, editado por estudiantes, que se renuevan constantemente.

La narración de los hechos, salvo alguna modalización accidental, no difiere grandemente en su sustancia de la que se pudiera haber realizado respecto de sucesos en otras Universidades norteamericanas o europeas, lo que demuestra la similitud de los sucesos mismos. El estudio de las motivaciones o de las causas, por otro lado, no se aborda en profundidad, ni siquiera sistemáticamente, aunque aparezcan indicios de ellas a lo largo de la narración. Sobre las causas generales: la desazón de una juventud extremadamente inquieta y bien

preparada dialécticamente ante una sociedad tecnificada que personifica en su Universidad, como institución que le es más próxima; el grupo minoritario de estudiantes y profesores radicalizados que en momentos dados, sobre todo cuando interviene la fuerza pública, logra adhesiones de otros; la sombra omnipresente de la guerra del Vietnam, cuya «continuación y escalada han sido factores decisivos del talante de frustración y amarga oposición de muchos estudiantes y profesores en las Universidades americanas» (pág. 285; la cita pertenece al artículo de Hebert A. Deane, profesor de Derecho Político de la Universidad, *Reflections on Student Radicalism*, que se publica como apéndice primero del libro); el deseo de participar y la incertidumbre de cómo hacerlo, respecto a las decisiones sociales y políticas, no satisfecho por las estructuras del país en general, ni por las de la Universidad en particular, etc. A estas causas generales se unieron las específicas de la Universidad de Columbia, Universidad «dispersa», pese a lo concentrado de sus edificios, y por tanto, sin la cohesión característica de aquellas en que estudiantes y profesores conviven, y no sólo en el plano meramente docente, y Universidad en proximidad física inmediata del ghetto negro de Harlem y con la vivencia que esta intermediación da a las injusticias sociales derivadas de la pobreza y de la discri-

minación racial, y su unión y polarización en un momento dado fueron la causa determinante de la explosión de violencia.

Es curioso y significativo señalar cómo hasta en la violencia misma la Universidad se dividió también racialmente; salvo en los momentos iniciales, las minorías estudiantiles blanca y negra actuaron separadamente y con completa independencia la una de la otra durante el conflicto y en su solución.

Pero repito que el valor y el interés básico del libro está en lo que quizá sea de menor cuantía para el lector general, esto es, en la historia de los hechos como tales, prescindiendo de su contexto general (para conocer éste hay que acudir a otros estudios, señalada-

mente, en cuanto a esta Universidad, a *Crisis at Columbia. Report of the Fact-Finding Commission Appointed to Investigate the Disturbances at Columbia University in April and May, 1968*, New York, Randon House, 1968; la Comisión estuvo presidida por el profesor de Harvard Archibal Cox); la narración que en el libro que se comenta es objeto íntegro del mismo es también el tema central del *report* citado, pero de las doscientas páginas de éste se dedican cerca de la mitad al estudio de las causas próximas y remotas de los episodios narrados, lo que da una mejor perspectiva para la comprensión de éstos, y en general, para los problemas de la intranquilidad universitaria actual. — M. ALONSO OLEA.

TEMAS DEL MARXISMO Y COMUNISMO

MIGUEL DELIBES: *La primavera de Praga*. Alianza Editorial, 1968; 168 págs.

Con el eclecticismo que le caracteriza, y que no señalamos como defecto, sino como una de sus virtudes características, que han tenido como consecuencia el éxito y la difusión de sus libros, Alianza Editorial edita este libro de Miguel Delibes, cuyas impresiones sobre los acontecimientos checos son anteriores a la invasión de agosto pasado. El libro es una recopilación de trabajos periodísticos, en los que el escritor plasma sus puntos de vista sobre lo que vio y percibió durante su estancia en Praga en la primavera de 1968. Un relato casi apasionado de una realidad sentida de algo que se había convertido casi en un símbolo y en una esperanza para muchos marxistas decepcionados de la experiencia rusa y de sus endurecimientos dogmáticos; una realidad alentadora que los acontecimientos posteriores han demostrado que el dogma centralista no estaba dispuesto a tolerar.

El fracaso económico de la época de Novotny, y de la irrupción de los estudiantes reclamando «aire puro, honradez y consecuencia», así como el deseo de una libertad ahogada y mediatizada, fueron los que provocaron, junto con la decidida intervención de los intelectuales, la caída del grupo Novotny. Tal caída no supuso la pérdida de la fe en el socialismo; así, Ivan Svitak exime a Marx de los errores de la política checa de los cuatro últimos lustros. Svitak, nos señala Delibes, está cansado de decir: «Tened en cuenta que Carlos Marx deseaba ampliar los derechos cívicos del hombre, no liquidarlos.» Crítica al partido al advertir que con su dura disciplina y fanática represión no representan al pueblo. El deseo de la participación del pueblo llevaron al equipo sustituto del de Novotny hacia una evolución que lograrse alcanzar esta meta de libertad y parti-

cipación. Los intentos de independencia económica de la U. R. S. S., los contactos con las potencias occidentales para la obtención de créditos que salvaran la economía, la reestructuración de la empresa, la reforma de la burocracia, la indudable independencia de la prensa y su libertad, y la crítica abierta a los procedimientos pasados así como al marxismo dogmático, que aparecen como realidad constatada en el libro, fueron los que determinaron la intervención rusa y el final de la «primavera de Praga».

No podemos juzgar este libro con la pretensión de ver en él un estudio concienzudo de la realidad checa, pues a fin de cuentas no es otra cosa que una serie de artículos periodísticos escritos a vuelapluma. Pero, por otra parte, po-

ne en contacto al lector no especializado con un mundo tan cercano y del que se tiene tan poca información. Los acontecimientos de Praga son de una importancia político-social incuestionable: han supuesto cercenar un movimiento que de haber llegado a cuajar con criterios de independencia, tanto del Este como del Occidente, hubieran podido dar la pauta para unos cauces viables de formas de gobierno y de poder de la sociedad futura. El fracaso de Praga ha sido, en cierta medida, el fracaso político más importante de la historia europea contemporánea, y que ha limitado sus posibilidades futuras y oscurecido la imagen de una política nueva, aunque de todas formas es prematuro vaticinar su desenlace final.—FRANCISCO DE LA PUERTA..

HANS HORSTER (Die sowjetische Wirtschaft als Mittel der Politik III): *Aussenhandel und Entwicklungshilfe*. Studiengesellschaft für Zeitprobleme. Bonn, 1968; 108 págs.

— — (Die sowjetische Wirtschaft als Mittel der Politik IV): *Der Rat für gegenseitige Wirtschaftshilfe*. Studiengesellschaft für Zeitprobleme. Bonn, 1968; 105 páginas.

Hasta el momento, la U. R. S. S. mantiene relaciones comerciales con setenta y nueve países o *partners*; veintiséis corresponden a Asia, veintitrés a Europa, veintidós a Africa, seis a América y dos a Australia-Nueva Zelanda.

Características del comercio exterior soviético: en la mayoría de los casos se trata de la preparación cuantitativa y cualitativa de la llamada base «técnico-material» del comunismo. Para este fin se importa la maquinaria de los países satélites, y también, aunque menos, de algunos países capitalistas. El comercio con los países satélites persigue el fin de hacerlos ligar más estrechamente a Moscú que, en último término, significa la preparación de unos presupuestos de integración de un enorme imperio. Las relaciones con otros países comunistas o

con los no comprometidos del Tercer Mundo, entran, también, en el campo político y de motivación psicológica.

En todo caso, el principio fundamental consiste en crear un imperio autárquico, lo cual indica que la economía y la técnica son considerados como instrumentos muy importantes de la política.

Un papel preponderante en este sentido corre a cargo del COMECON, o Consejo de Ayuda Económica Mutua, con sede en Moscú. Junto a la esfera política e integración militar (Pacto de Varsovia), la integración económica determina, hoy día, con toda claridad, la división del mundo en dos grandes bloques, pero que, no obstante, pudieran no solamente coexistir, sino también colaborar.

El sistema, poco flexible y sumamente-

centralizado de la economía planificada, o el retraso tecnológico-económico, no permite que el COMECON vaya conquistando, con éxito, los mercados mundiales, al menos no en todos los dominios. Aparte, el mundo libre sigue teniendo más acceso a materias primas que el bloque socialista. El cualquier caso, la comunidad atlántica supera en mucho al Este.

La Europa occidental, y en estrecha colaboración con América, puede conservar su primacía sólo realizando progresos económicos y tecnológicos en común. Sin embargo, no dispone de un potencial militar y de armamentos capaz de contrarrestar el peso del bloque soviético. Esta es una de las consecuencias de la segunda guerra mundial.—S. GLEJDURA.

ELLEN PROPPER MICKIEWICZ: *Soviet Political Schools. The Communist Party Adult Instruction System*. Yale University Press. New Haven y Londres, 1967.

Si uno piensa que el sistema de adoctrinamiento para adultos en la Unión Soviética incide sobre un alumnado de hecho de más de 36 millones de personas debe comenzar a asombrarse de lo poco que en los países occidentales sabemos sobre tal sistema. Desde los tiempos de Kruschev, sin embargo, este sistema de adoctrinamiento ha pasado a ser la pieza básica de formación política de la U. R. S. S., y aunque nadie se atrevería a calificarlo de perfecto representa el mayor intento que registra la Historia de mantener dogmatizada una sociedad incluso contra las corrientes que puedan aflorar —y de hecho afloran— en su seno. El breve libro de Ellen Propper se limita a una descripción objetiva del sistema, por ello doblemente valiosa, estudiando sus diversos grados y escalonamientos, que pueden resumirse a grandes rasgos así:

La Universidad Nocturna de Marxismo-Leninismo es el escalón superior de todo el montaje. Está destinada a los cuadros técnicos y minorías intelectuales que hayan de desempeñar papel de directivos de la sociedad. La encontramos en todas las ciudades de una cierta importancia de la U. R. S. S., y puede calcularse que a fines de 1965 habían pasado por ella unos 230.000 alumnos. El número de graduados en ella es relativamente pequeño, pero su

influencia en todos los estratos y actividades del país es enorme. La coordinación de las enseñanzas se consigue por medio de reuniones periódicas de los directores de todas las Universidades. Los fines de esta Universidad son claramente la preparación de propagandistas en todos los órdenes. Durante la fase de Kruschev las Universidades nocturnas se articulaban en planes de estudios bienales, con el objetivo claro de alcanzar un pragmatismo que en cierta medida rompiese con el sólido dogmatismo anterior, conducente a una ineficacia a la hora de la aplicación. Así, lo que de la Universidad nocturna salió en esta fase fueron dirigentes de Círculos, de Seminarios, técnicos en la conducción de discusiones, que por su colocación de élite en la vida soviética tenían, además, un prestigio personal indiscutido. La reforma Brejnev-Kosygin conservó en bastante grado esta tendencia, aunque articuló las Universidades en tres direcciones concretas correspondientes a sus tres Facultades: una Facultad «general», en la que se imparte la doctrina política básica imprescindible a cualquier dirigente soviético; una Facultad de «activista en la economía del Partido», destinada a los futuros dirigentes sindicales y de la Kom-somol, y una Facultad de Propaganda. La primera de ellas significa tres años

de estudio, con un total de cuatrocientas sesenta y ocho horas de clase, siguiendo las dos especializadas con la misma duración de estudios de la fase anterior

El segundo escalón de adoctrinamiento son las Politshkola, o escuelas políticas de más bajo nivel, destinadas a una población masiva. Teóricamente están destinadas a proporcionar un mínimo de conocimientos doctrinales sobre el comunismo, pero de hecho son mucho más. El conglomerado de estudios que se cursan en la Politshkola puede apartarse mucho de la idea preconcebida que de ella tengamos. Allí se enseña Física elemental y Biología, Historia del Partido Comunista y Literatura, Economía Política y Folklore. La Politshkola adoctrina desde los ángulos más insospechados, y de hecho hay que reconocerle una heterogeneidad de métodos y aun de resultados que probablemente no resulta demasiado grata a los dirigentes de la cultura política soviética, aunque la vitalidad del experimento haya desaconsejado su cancelación, a pesar de que no siempre los resultados fueron felices. En cierto modo se trata de una realización reciente, ya que la Politshkola, tal como existe hoy data sólo de 1956. El alumnado es de bajo nivel cultural y se supone que sólo ha pasado por la escuela elemental. Se prevén unos estudios articulados en dos cursos, pero la frecuencia de las sesiones es muy flexible y en ningún caso sobrepasa el número de dos o tres al mes. El sistema, más que expositivo, utiliza discusiones guiadas por una curiosa figura intermedia entre profesor y alumno, que es el *starosta* o monitor. Este es quien realmente procede al adoctrinamiento y no el que explica o visiblemente conduce la reunión. El *starosta*, que ha sido designado por el Partido, es un representante de los alumnos, que presupone en ellos actitudes y deseos de trabajo

que realmente no tienen, pero que ha de tener la habilidad de deducir la doctrina de la misma solidaridad del grupo que forman.

El número de Politshkolas es inmenso, así como la masa de población que por ellas pasa. Las hay en las localidades menores, en los barrios de las ciudades, en las fábricas, en las oficinas. No hay coacción formal para asistir a ellas, pero en cierto modo constituyen círculos de relación de los que el trabajador no puede prescindir, porque sustituyen muchos aspectos de la vida privada de nuestra sociedad. Quizá los asistentes no se interesen demasiado en las discusiones y explicaciones, pero no dejan de acudir. Evidentemente es un logro psicológico importante del sistema.

El estrato de adoctrinamiento intermedio es el Círculo de Estudios. Hay tres tipos básicos de Círculos: sobre política, política económica y sobre historia del Partido Comunista. Su asistencia consiste en gentes de media o elevada edad, que administran el Círculo directamente, como miembros de una Asociación. La atención de los dirigentes del Partido a los Círculos no es muy grande, y hoy día se considera que los Círculos son un residuo de la época de dogmatismo stalinista, por lo que el desasistimiento de la juventud hacia ellos es completo. Sin embargo, el número de Círculos es aún muy grande. Para muchos significan refugios de una solera militante o de «vieja guardia», aunque realmente su papel político actual haya decaído. Montan sus programas de actividades por temporadas, que suelen durar ocho meses al año, interrumpiéndose en el verano, y sus sesiones son más flexibles de procedimiento que las de la Politshkola, y por supuesto, que las de la Universidad Nocturna.

En su deseo de adaptarse a las cir-

cunstancias, muchos Círculos se han convertido en Seminarios Doctrinales, un nuevo tipo de centros de adoctrinamiento más conectado con la actual situación política de la U. R. S. S., y que engloba a teóricos de un nivel cultural

muy superior. Funcionan de un modo muy análogo a los Círculos, pero su espíritu es otro. Estos Seminarios pueden dar mucho juego en el futuro del adoctrinamiento, aunque su número y peso es todavía precario.—J. B.

KARL MARX: *Manuscritos, economía y filosofía*. Alianza Editorial. Madrid, 1968; 250 págs.

Marx, se ha dicho, inaugura la época de la postfilosofía. Su idea de transformación del mundo, expresada en la última de las tesis sobre Fenerbadi, parecería así corroborarlo. Pero ello sólo es cierto si se entiende que de lo que Marx habla es de enterrar la vieja filosofía existente, subproducto intelectual al servicio de las clases dominantes, y edificar una nueva, basada en el imperativo ético de procurar la felicidad del hombre, desarrollando en él al máximo sus potencialidades. Y considerar el lugar exacto que en el sistema marxista ocupa la filosofía es un deber que se impone frente a las visiones determinista y economicista a que la han reducido la socialdemocracia y el stalinismo, y en general el positivismo de los tiempos modernos.

El pensamiento todo de Marx lo constituye una idea de la naturaleza y del hombre, es decir, una filosofía. Pero antes es necesario desmitificar la vieja filosofía, poner al descubierto su verdadera naturaleza y renunciar al consuelo que produce la especulación en el reino puro del pensamiento. Hecho esto, la filosofía adquiere nueva dignidad cuando se la trae a la tierra y se la convierte en programa.

El análisis de la sociedad moderna lleva a Marx al conocimiento del hombre. Pero llega a una triste conclusión: el hombre aparece como *homo oeconomicus*, aferrado en la creación de riquezas y mando exclusivamente por un

interés egoísta. Del hombre económico al hombre mercancía sólo hay un paso.

La ciencia que estudia esta realidad es la Economía; ciencia de la producción y distribución de riqueza y miseria. Marx se rebela contra ella y la critica en nombre de una filosofía humanista, que rechaza la noción del hombre que en esa sociedad ha encontrado realidad. Y ensaya en los *Manuscritos* de 1844 una unión de economía y filosofía que permita estudiar seriamente la sociedad moderna. Pues la economía describe la realidad, pero esta descripción es puramente fenomenológica y no alcanza la realidad verdadera. En una interpretación que la priva de su fundamento filosófico, la obra de Marx quedaría reducida a una construcción determinista, en la que el hombre, carente de libertad, no sería más que un objeto de la Historia. Marx predice el curso de los acontecimientos humanos basado en una filosofía que estima que los hombres aceptarán libremente, con lo que éstos construirán su historia «posible» del proletariado, cuya tarea histórica será la construcción del comunismo, que no es sino el comienzo de la filosofía.

Pero este proceso de humanización es al mismo tiempo proceso de deshumanización, porque la acción del hombre es necesariamente acción enajenada..., «el trabajador se relaciona con el producto de su trabajo como un objeto extraño»... «la Economía Política oculta la enajenación esencial del trabajo porque no con-

sidera la relación inmediata entre el trabajador (el trabajo) y la producción». Este concepto marxista de enajenación, que difiere, tanto del de Hegel como del de Fenerbadin, no se refiere sólo al comportamiento económico del hombre, ni es un fenómeno exclusivo del capitalismo. En el primer manuscrito Marx habla del trabajo enajenado después de tratar del salario, del beneficio del ca-

pital y de la renta de la tierra; en el segundo, de la propiedad privada, y en el tercero se extiende sobre la propiedad privada y el trabajo, sobre la propiedad privada y el comunismo, y termina con una crítica de la dialéctica hegeliana. La obra cuenta con un extenso prólogo del traductor y con una biografía de Marx.—TOMÁS NAVARRO CALAMA.

DEUTSCHE GESELLSCHAFT FÜR OSTEUROPAKUNDE: *Der Kommunismus in China. Überblick und Dokumente*. Núms. 11-12, 1966, de «Osteuropa», A. 16. Deutsche Verlags-Anstalt. Stuttgart; págs. 741-868.

El comunismo chino-continental es un problema no solamente para el Occidente, sino también para el movimiento internacional comunista y obrero, en primer lugar para los dueños «infalibles» del Kremlin. Ello, desde el punto de vista, tanto ideológico-intercomunista como del político-internacional. Sí, es un problema que, al fin y al cabo, habrá de ser enfocado con serenidad para encontrarle, o al menos intentar buscar, soluciones conforme a la situación internacional política de un momento determinado. Sólo que debido a la misteriosa mentalidad del hombre chino en su aspecto, tanto tradicional como revolucionario, es —por el momento— casi imposible descubrir el auténtico fondo del problema chino en sus aspectos interiores y exteriores. La llamada revolución cultural no ha aportado nada al conocimiento objetivo del problema chino propiamente dicho. Sólo que «subsiste» la amenaza profetizada ya hace mucho tiempo...

Klaus Mehnert hace un intento de exposición sobre lo que es la «segunda revolución de Mao», y aunque no concordemos con la totalidad de sus observaciones, nos parece que, en el fondo, se localiza con bastante acierto la problemática planteada por el mismo Mao.

Recoge lo sustancial de los últimos años en la actividad del comunismo maoísta, en especial de la «revolución cultural».

La parte más importante en este sentido corresponde a la documentación: se insertan quince documentos, desde mayo hasta octubre de 1966, que ilustran el actual proceso de «maoístización» del comunismo en condiciones tan peculiares de desarrollo social como son las del chino.

La tercera parte está dedicada a la bibliografía: sobre el levantamiento magiar de 1956, el nivel de vida en la U. R. S. S. y otras cuestiones. Sorprende que un «soviétólogo» como R. V. Burks no conozca a fondo la problemática nacional y de nacionalidades del centro y del Este europeo. Niega el derecho de autodeterminación a los eslovacos en favor de los demás pueblos. No comprendemos esta actitud, aún menos en el momento en que precisamente un eslovaco, Alexander Dubcek, acaba de hacer la revolución más revolucionaria contra las pretensiones dictatoriales del Kremlin y en favor del derecho de autodeterminación de todos los pueblos. En general, los juicios «críticos» en torno a fuentes bibliográficas son poco críticos. Observando la serie de las publi-

caciones *Osteuropa*, un especialista en soviología se da cuenta de que las corrientes que circulan entre su Redacción

y colaboradores responde más bien a intereses estrechamente ligados a fines personales.—S. GLEJDURA.

TEMAS AFRO-ASIATICOS

ANOUAR ABDEL-MALEK: *Egipto, sociedad militar*. Editorial Tecnos. Madrid, 1967; 490 págs.

Sorprende comprobar cómo se va desarrollando el destino histórico de un pueblo, y naturalmente; cómo las ideologías del mismo cambian, se sustituyen, se transforman. Verdaderamente, según el profesor Guizot explica en su delicioso libre *Historia de la civilización en Europa*, es raro encontrar una idea que arraigue profunda y definitivamente en el corazón del hombre. Así, pues, Egipto, que en los aledaños de la Historia ha pasado por ser un pueblo eminentemente agrícola, se ha convertido en la actualidad en todo lo contrario, a saber: en una sociedad militar.

Cabe, por consiguiente, pensar que «la configuración de su territorio impuso al pueblo egipcio un destino agrícola». Y precisamente esta misma tesis es susceptible en estos momentos de defender si nos fijamos en los accidentes de su geografía desde un punto de vista esencial y exclusivamente militar. Las ideas cambian y, claro está, la Historia también.

Anouar Abdel-Malek, brillante universitario, ha escrito un libro actual, contemporáneo, preciso, elegante —siempre la política debe ser elegante— y, desde luego, imprescindible para conocer un poco mejor, de manera más íntima y eficaz, el alma, el pensamiento y la vida sociológico-política de un pueblo que, a pesar de todo, no conocemos más allá del motivo turístico, y por ende, del matiz superficial.

Hay en estas páginas perfecciones muy

raras, fruto, sin duda, de la habilidad con la que el autor maneja lo filosófico, lo sociológico y lo político. Con la intervención de cada uno de los elementos que acabamos de citar se comprenderá que la inquietud sea la mejor cualidad del libro. Por otra parte, el autor es un hombre que ha vivido y ha estado en contacto, durante largos años, con los hombres y las más prestigiosas instituciones intelectuales de Europa; por lo tanto, no están limitadas estas páginas, como pudiera pensarse, por las fronteras del localismo provinciano ni, desde luego, por una deformación ecuménica de la mirada del autor sobre las cosas de la vieja y maternal Europa.

Se nos dicen, pues, en esta obra cosas importantes; entre otras, nos atreveríamos a destacar una sola: *la ideología actual egipcia*. Y, efectivamente, señala el autor que dos elementos han intervenido poderosamente en la transformación ideológica experimentada por el pueblo egipcio: *la renovación cultural y el fenómeno de la europeización*.

En definitiva, Anouar Abdel-Malek quiere decirnos que Egipto ha conquistado algo que le faltaba —véase el ensayo de Ortega *Egipcios*, incluido en el VIII tomo de *El Espectador*— a ese pueblo de espléndido y armonioso pasado: la individualidad.

Es tan denso, inicitante y atractivo el contenido de este libro, que acaso

hemos olvidado destacar lo más importante, lo esencial, lo insustituible, en efecto: que «no ha existido nunca una

sociedad que sea más pura y exclusivamente un Estado que en Egipto».—

J. M. N. DE C.

H. TOURNAIRE y R. BOUTEAUD: *El libro amarillo del Vietnam*. Ediciones de Cultura Popular. Barcelona, 1967; 333 págs.

Sin guerra, ¿existiría Vietnam? He aquí la pregunta que en esta páginas se trata de contestar. Los autores, empleando los moldes literarios que Curzio Malaparte creara a través de sus crónicas de guerra, se han adentrado en el difícil y peligroso tema de enjuiciar el problema vietnamita desde el punto de vista científico, humano y afectivo.

Vietnam es, se ha dicho, una herencia amarga. Naturalmente, ésta es la primera consecuencia de toda guerra: gravosa en su coste humano, en combatientes, en civiles inermes y en recursos.

Vietnam, no obstante, es algo más que una guerra, a saber: es el desprecio total de los Tratados internacionales, el fracaso de la alta política internacional, y por supuesto, una tragedia impropia del grado de civilización de la sociedad actual.

Los autores de este libro han permanecido durante varios años en el teatro de las hostilidades. No se trata —en su obra— de una interpretación periodística de cuanto han visto; por el contrario, no se han resignado a narrar lo acaecido y lo que como testigos excepcionales han contemplado, sino a reconstruir el «mecanismo generador de los acontecimientos».

Sobre Vietnam, lo reconocen, se ha extendido el reino de la malaventura, pues, en efecto, sin estar lo suficientemente claro, la política americana ha trazado sobre estas dolorosas tierras la directriz de sus intereses estratégicos vitales. Esto nos demuestra que la His-

toria, como en 1925 escribió Ortega, no ha estado siempre dirigida o gobernada autocráticamente por los medios de producción, por la lucha económica o por la lucha política, sino por el juego del azar que hace, quiérase o no, que unos pueblos florezcan mientras que otros perecen.

El tema de Vietnam pesa sobre la conciencia de los intelectuales del mundo oriental y occidental; esa preocupación, por supuesto, se refleja en las páginas de la enorme e infinita bibliografía existente. Esta bibliografía admite una doble división: la que se preocupa de relatar técnica, material y fríamente los «acontecimientos» y la que penetra con toda sinceridad en el mundo afectivo y espiritual de los valores humanos. A esta segunda perspectiva responde el contenido de las páginas que Tournaire y Bouteaud han escrito.

El *Libro Amarillo del Vietnam*, como puede intuirse, expone, cosa rara en nuestro tiempo, algunas soluciones para el problema; muchas de esas soluciones, evidentemente, constituyen una utopía, una quimera o una ilusión; otras, en cambio, son eficaces, sugestivas y positivas.

La pacificación voluntaria es, a juicio de los autores de este libro, la más adecuada y la solución menos costosa, pero la tarea de pacificación obligaría a los americanos a participar de manera más directa en la preocupación de esas gentes que hoy viven las horas más trágicas de su historia; la pacificación significa tener que amarlos, y

amar, ha escrito un político contemporáneo, significa dejarse atrapar por el mecanismo de la guerra revolucionaria.

Vietnam, en definitiva, es un claro y decisivo ejemplo, según los autores del libro, de irracionalidad política. Ni el político, ni el filósofo, ni el sociólogo de Occidente alcanzan a contemplar y comprender eso que se ha dado en llamar el «alma corporal» de los pueblos orientales. Por otra parte, Tournaire y Bouteaud confirman que «quienes desencadenan las grandes máquinas de guerra de nuestra era son las ideologías», es decir, ni siquiera queda el

consuelo, pobre consuelo, de culpar a la ambición, a los deseos de conquista o de expansión de todo cuanto sucede, sino, quiérase o no, al orgullo del hombre, que le impide entenderse con su hermano. He aquí, pues, el porqué un gran organismo histórico pueden llegar al aniquilamiento.

Vietnam, por último, hace buena la definición que de la Ciencia política nos da Gastón Bouthoul: «La política es dirigida por ciertos hombres, ejecutada por otros y, en fin, aprobada, tolerada, sufrida o ignorada por la mayor parte.»—J. M. N. DE C.

PIERRE FISTIÉ: *L'évolution de la Thaïlande contemporaine*. A. Colin, Cahiers de la Fondation Nationale des Sciences Politiques. París, 1967; 390 págs.

Publicado recientemente (1962) el excelente estudio de David A. Wilson *Politics in Thailand*, el presente libro, que constituye la conclusión de una investigación iniciada en 1960 y llevada a cabo desde otros supuestos metodológicos, permite un interesante contraste de puntos de vista.

Parte el autor de la consideración según la cual, dentro de la complejidad política del Sudeste asiático, el caso tailandés presenta un interés especial, puesto que, si bien los otros países acaban de acceder a la independencia desde una situación colonial, en cambio, este país, por lo menos formalmente, jamás ha sido colonizado por las potencias occidentales, aunque, naturalmente, hayan hecho sentir su influencia. De ahí que confrontar su experiencia con la de sus vecinos respecto al desarrollo económico y social, tanto como en lo relativo al sostenimiento de la cohesión nacional resulte particularmente importante.

Por otra parte, ya desde 1932 había inaugurado Tailandia el experimento de un régimen constitucional a la europea

que duró hasta 1957, con absoluta independencia. Sin embargo, advierte el propio autor, es preciso no exagerar la diferencia, pues excepto Filipinas y Java, la propia colonización de los nuevos países independientes ha sido relativamente pasajera y ya con anterioridad, y durante largos siglos, conocieron la independencia. Justamente este pasado tiende con frecuencia a resurgir como ha sucedido en la propia Tailandia desde 1958. Además, el paso de una economía de subsistencia a una economía natural ha sido realizado en todos ellos bajo presión occidental y ejecutado sobre todo por obra de los inmigrantes chinos; en este sentido puede afirmarse, con cierta precaución, que Tailandia ha pasado por una situación semicolonial. Ya desde 1868, en efecto, se vio obligada, por tratados internacionales, vigentes hasta la entreguerra, a ceder su soberanía en materias aduaneras y judiciales.

La obra se divide en siete partes en las cuales se estudian, respectivamente, los componentes de la sociedad tailandesa tradicional, la situación inmediatamente an-

terior al golpe de Estado de 1932, determinado por las corrientes nacionalistas y democráticas, incluso socialistas, y apoyado en un cierto grado de desarrollo de la economía monetaria —por lo que el país acusó los efectos de la gran crisis mundial de 1929—. Gran influencia tuvo, asimismo, la formación de una clase burocrática y militar. Mas, el golpe de Estado, inauguró un nuevo monolitismo cuyo examen constituye el objeto de la tercera parte —hasta 1941 cuando se instaura el régimen pluralista que desaparece en 1958.

Las causas estructurales del fracaso de la democracia de tipo occidental así como los determinantes intrínsecos del mismo, son detenidamente analizados lo mismo

que, en la última parte, las características del nuevo régimen autoritario y oligárquico. El autor concluye manifestando su convicción según la cual si la democracia en sentido occidental no ha sido capaz de arraigar en Tailandia, se debe, singularmente, a que el país no ha conseguido encontrar todavía «el terreno socioeconómico que ha permitido la aparición de este tipo de régimen en ambas orillas del Atlántico Norte».

Un postfacio ofrece un rápido análisis de la situación del país entre la fecha de la redacción final del libro y su publicación.

Dos anexos y una selección de libros y artículos sobre Tailandia completan la obra.—D. N.

HISTORIA

WOLFGANG ABENDROTH: *Historia social del movimiento obrero europeo*. Ediciones de Cultura Popular. Barcelona, 1968; 166 págs.

En la *Historia social del movimiento obrero europeo* se analiza, con indudable claridad, lo que ha sido este movimiento desde las revoluciones inglesas del siglo XVII. La revolución industrial y la aparición del proletariado industrial supuso una sensibilización ante los problemas de una nueva clase. Los abusos que la nueva burguesía perpetró en contra de la clase obrera motivó la denuncia de ideólogos, teóricos políticos y escritores en contra del nuevo estado de cosas. Las condiciones, inhumanas, del nuevo trabajo industrial no estaban tan lejos de las condiciones que, durante siglos, había tenido el jornalero del campo; el cambio de las formas de vida, su presencia masiva en los núcleos urbanos y la ruptura con unas estructuras de vida arcaicas impulsó al proletariado industrial y a sus líderes a unirse en la lucha. Fue esta lucha y su finalidad la que homogeneizó a esta clase que, a diferencia de

la agrícola que había carecido de un movimiento coherente y unido, empezaba a presentar una línea frontal de reivindicaciones y quejas al denunciar las situaciones de injusticia a las que se veía sometida.

El libro de Abendroth expone objetivamente toda la trayectoria de este movimiento, cuya cumbre máxima es para el autor la revolución rusa. La evolución político-económica de la U. R. S. S., sus logros y miserias, todavía no superadas, son tratadas en este libro. Las razones alegadas en el desarrollo liberalizador de los países comunistas son expuestas desde dos ángulos distintos: período autocrático de Stalin y nacimiento de una burocracia rígida, y en segundo lugar, presencia de los Estados Unidos en Europa, lo cual impidió un desarrollo normal del movimiento obrero en la Europa occidental, fundamentalmente en Inglaterra y

Alemania, llegándose incluso a la paradoja de que fue la Inglaterra laborista, con su incondicional apoyo a la política americana, la que le impidió la socialización de muchas empresas alemanas.

El endurecimiento de los partidos comunistas en el Poder es analizado como reacción, en muchos casos, al enriquecimiento y aumento de bienestar de la clase obrera occidental y a la necesidad de que la clase obrera comunista ignorase lo que estaba sucediendo más allá de sus fronteras. Este conocimiento podría dar lugar a que un no crecimiento paralelo del proletariado comunista fuera interpretado como un fracaso de la mecánica económica de los partidos comunistas en el Poder.

La época poststaliniana vino a mitigar la rigidez anterior, aunque en ningún caso se cumplieran las esperanzas iniciales: la liberalización condujo a Hungría y Polonia a manifestaciones en masa de

obreros e intelectuales, y no en contra de la economía socialista sino en contra de los métodos stalinistas.

La evolución de los Estados Unidos y de la U. R. S. S. hasta el nivel de potencias mundiales, nos dice Abendroth, ha reducido, naturalmente, la importancia del movimiento obrero europeo, pero sin hacerla desaparecer en modo alguno; las revoluciones de China, los países árabes y Cuba son su consecuencia directa más inmediata. Pues a fin de cuentas el movimiento obrero europeo que se inició en la Europa del siglo pasado, casi coincidente con la Revolución francesa y su impacto, ha sido uno de los movimientos más productivos de la liberalización humana, pese a sus retrocesos, mistificaciones y la sangre que ha costado. Es un poco la historia cruenta del hombre en una de sus luchas por alcanzar metas más humanas y justas.—FRANCISCO DE LA PUERTA.

PABLO DE AZCÁRATE: *La guerra del 98*. Alianza Editorial, 1968; 218 págs.

Cada día se convierte el análisis del hecho histórico en un análisis más puro, más objetivizado. Se trata de comprenderlo y de entenderlo a la luz de su momento; se pretende, en definitiva, dar una visión objetiva de la problemática histórica. Pero cada día es más aleccionador, y por ello no menos decepcionante, el comprobar que en cada momento histórico hubo personas capaces de tener la suficiente independencia y libertad de espíritu para apuntar, aunque fuese tímidamente, la salida más viable y justa. Pero también la propia trama de intereses, fuerzas históricas, egoísmos y ceguera de la mayoría impidió encontrar la solución más adecuada que el caso requería. Ahora, desde nuestra posición de espectadores lejanos, se nos permite ser con la asepsia de la no participación del acontecimiento pasado, no sólo ex-

positores objetivos de la realidad, sino jueces, por esta objetividad, de lo que sucedió y no debió de haber sucedido si las voces desinteresadas y lúcidas hubieran encontrado eco propicio.

Pablo de Azcárate trata de responder serena y objetivamente al hecho de la pérdida de Cuba y Filipinas. Hecho que no sólo tiene importancia —la Historia lo ha demostrado posteriormente— desde el punto de vista español sino desde el norteamericano: se puede señalar como punto de partida de su política expansionista y de intromisión en los asuntos internos de otros países. Nadie puede negar, y Pablo de Azcárate no lo hace, que si España no supo encontrar soluciones a las inquietudes y demandas cubanas a lo largo del siglo XIX, por lo cual no está libre de culpa, tampoco los intereses yan-

quis fueron altruistas y no se cifraban en un apoyo desinteresado a los que en nuestras viejas colonias luchaban por la independencia. Apoyo que en otras latitudes, y tras una trayectoria similar, se ha venido produciendo con peligrosa semejanza.

En el libro se analizan las dos guerras que llevaron a España a un desastre material y espiritual: las de Cuba y Filipinas. Y aunque se indica que la insurrección filipina presenta menos interés que la cubana, por no haber estado directa e inmediatamente vinculada a una intervención norteamericana, es imposible ignorarla si se pretende encuadrar en su propia perspectiva histórica la intervención armada de los Estados Unidos tan pronto como en el mes de abril de 1898 quedó declarada la guerra con España.

Antecedentes, desarrollo, armisticio, negociaciones y tratado de paz son estudiados con indudable claridad y nos ponen en contacto con unos hechos que han pasado, para bien o para mal, al cajón de la anécdota histórica, cuando en realidad

los sonidos de aquella guerra no terminaron con la celeridad que se aparenta: la reciente revolución cubana no es sino un peldaño más en el desarrollo de unos acontecimientos que comenzaron con la voladura del «Maine» y cuyas consecuencias finales todavía desconocemos. Pues, «hoy día, después que Fidel y sus compañeros de lucha en Sierra Maestra han conquistado la auténtica independencia de su país, los portavoces autorizados de la opinión pública cubana, sin dejar de rendir el culto que justificadamente merecen las grandes figuras de las guerras contra la dominación española en el siglo XIX, se niegan a reconocer en la intervención norteamericana, y en la guerra hispanoamericana de 1898, que fue su consecuencia, una contribución efectiva y sincera a la independencia de su país. Y hasta no ha faltado quien afirme que "la revolución yanqui contra el proceso revolucionario de Cuba impidió su liberación".» Libro aleccionador que no dudamos en recomendar al lector.—FRANCISCO DE LA PUERTA.

CARLOS MARTÍNEZ BARBEITO: *Vida y leyenda de San Pedro de Mezonzo*. Editora Nacional. Madrid, 1968; 155 págs.

Jean Descola en su *Historia de la España cristiana* dice en un pasaje que «el problema religioso es inseparable de la Historia de España. Para él, España se realiza en su historia como campeón de la fe cristiana, y con este punto de vista ha trazado un vigoroso panorama histórico que divide en cuatro grandes partes: «Nacimiento de un alma», que comprende desde los orígenes a la pérdida de España por el Rey Don Rodrigo; «La Cruz y la Media Luna», que abarca el extenso período de su Reconquista; «El alma del Siglo de Oro», con sus teólogos, místicos, conquistadores, artistas y reyes, y «El alma de las revoluciones», desde la introducción del Enciclopedismo a la victoria de Franco.

En este estudio biográfico de San Pedro de Mezonzo, que vivió en la época «La Cruz y la Media Luna» que señala Descola, analiza en todas sus fases y detalles Martínez Barbeito la figura cumbre de este santo, aclarando perfectamente muchas situaciones que hasta ahora aparecían huidizas y oscuras. Obra escrita con un sincero amor a la verdad durante varios años de trabajo y cuidadosas investigaciones.

Como dice muy bien Martínez Barbeito, Pedro de Mezonzo «había de ganarse a pulso la santidad». San Buenaventura, escolástico italiano y doctor de la Iglesia, en su *Itinerario de la mente a Dios*, obra que nos parece pensada tomando como modelos a santos al estilo

de Pedro de Mezonzo, nos dice que la experiencia de la vida y la meditación sobre los deberes del cristiano nos muestran que la más alta doctrina no vale tanto como la humildad de corazón; en lugar de inútiles diatribas que enorgullecen malamente al espíritu humano, es preciso inclinarse ante la fuerza del Creador para comprender íntimamente la razón de sus obras. Y, así, en su itinerario a Dios, el alma de Pedro de Mezonzo recorre ese camino que está dividido en tres grados o etapas: pensar que todas las cosas sensibles son una «huella de Dios», considerarse el alma a sí misma como una «imagen de Dios», y, finalmente, el abandono místico a la suprema realidad, a « semejanza de Dios ».

Con inteligencia, humildad y fervorosos rezos, San Pedro de Mezonzo siempre supo derramar, a lo largo de toda su ingente y maravillosa labor, una tierna comprensión por las alegrías y tristezas, por las pasiones y la ambición de los hombres.

Y Martínez Barbeito realiza esta biografía del santo (que está envuelto en las brumas y en las nieblas de su amada Galicia) con todos los valores de forma y fondo peculiares de un gran escritor: la ternura y la recóndita poesía, el humor melancólico sin amargura, el ingenio temático, la palpitante humanidad, el estilo lleno de señorío y la prosa riquísima. Para muchos lectores, este libro ha de ser un verdadero descubrimiento del bien hacer histórico y literario. Si hubiese que ponerle fondo musical a esta biografía de San Pedro de Mezonzo, escogería el crítico la cuarta sinfonía de Brahms, por la grandeza y amplitud de los temas.

Sí; estilo lleno de señorío, pero sencillo, llano, sincero, desprovisto de preocupaciones efectistas. Y así desfilan ante nuestros ojos la época (se derrumba el «jus» romano y combaten a orillas del *Mare Nostrum* la cultura romano-cristiano-germánica, con el Islam), el ambiente

(revuelto, traicionero), y la familia del santo; su infancia y adolescencia (años decisivos en la formación de su personalidad y el comienzo de su adoración «para una única y sola Señora»).

Luego, el capítulo de la vocación de Pedro, que es en verdad, magnífico. Y su llegada a Santa María de Mezonzo, de donde tomaría para siempre el nombre: «Pedro Martínez iba a ser Pedro de Mezonzo». Su estudios, sus jornadas conventuales... Su nombramiento como abad de la abadía benedictina de Sobrado, las invasiones normandas con sus horribles matanzas, su gran labor misionera, etcétera. Su paso por el monasterio de San Pedro de Antealtares, a cuya comunidad se encomienda la custodia del sepulcro de Santiago Apóstol y el culto jacobeo, donde Pedro empezó a vivir «la profunda e hirviente vida del espíritu».

Más tarde, el Concilio de León, donde asiste Pedro, y en el cual aprende a conocer a los hombres, a experimentar las artes del gobierno y de la política; su nombramiento como obispo de Iria y la reconstrucción de la iglesia de Santa Eulalia de Curtis (donde entierra los restos de sus parientes).

Como cuadros viejos cuyos tonos hubiesen sido remozados en nueva intensidad, así Martínez Barbeito nos ofrece, en páginas inolvidables, la campaña de Almanzor contra Galicia, donde saquea todo lo que encuentra a su paso como un nuevo Atila. Pero Pedro de Mezonzo, hábil político que comprende que no posee ejército para combatir al gran capitán que es Almanzor, sabe retirarse a tiempo, «poniendo a salvo las santas reliquias y el tesoro catedralicio». Y comienza un terrible y tremendo éxodo, donde Pedro da ejemplo de resistencia y de seguridad y escoge un sitio que le pareció seguro.

Y allí encontró Pedro de Mezonzo la tranquilidad necesaria para crear «el más hermoso madrigal que los hombres po-

dían dirigir a María»: la Salve Regina. El «Dios te Salve, Regina y Madre...» era una plegaria humana que cantaba y exaltaba los méritos y prerrogativas de la Señora. Y Pedro de Mezonzo restauró el santuario después de dar la Salve al mundo cristiano. Y murió, como vivió: santamente.

Como resumen podemos decir que esta biografía, hecha con tanto amor y tanta ciencia histórica por Martínez Barbeito, está escrita con tal colorido en las descripciones y tal amenidad, propiedad y cautivadora sorpresa en el lenguaje que

resulta una verdadera delicia su lectura. Y que en los últimos párrafos de su libro expresa perfectamente la gloria de su biografiado: «Por el mundo entero, sobre tierras y mares, la Salve que supo sentir y expresar el santo obispo compostelano aletea aún y conforta los desolados corazones de los hombres. No puede decirse que Pedro haya muerto del todo para el mundo. En cada rezador de la Salve hay un poco de aquel hombre bueno, justo y piadoso que hace mil años vivía en la tierra.»—TOMÁS ZAMORA.

JOSEF MACEK (Red. en jefe): *Historica XI*. CSAV. Praha, 1965; 284 págs.

— — *Historica XII*. CSAV. Praha, 1966; 272 págs.

— — *Historica XIII*. CSAV. Praha, 1967; 276 págs.

Después de un estancamiento en la investigación histórica debido a ciertas circunstancias políticas que reinaban en los países del bloque ruso-soviético, la historiografía de los mismos encontraría, también en este terreno, caminos para desenvolverse algo, incluso en el sentido de la objetividad. La Academia Checoslovaca de Ciencias, de Praga, no es una excepción, y la serie de obras que viene publicando con regularidad demuestra que el poststalinismo influyó considerablemente en la elección de los problemas históricos, de los métodos de investigación y de los fines a perseguir. Porque la Historia como tal no empieza con la aparición del marxismo, y aún menos del leninismo o stalinismo. Las actuales corrientes intelectuales en los países tras el telón de acero prueban, con toda claridad, que ningún país o pueblo del campo socialista está dispuesto a renunciar a su historia, a sus creaciones en favor del desarrollo de la Humanidad de antes de caer bajo el dominio comunista. Quedan anuladas las pretensiones soviéticas de ajustar la existencia de los pueblos a sus fines de conquista del mundo.

El tomo XI de *Historica* recoge pro-

blemas checos y eslovacos, sin embargo, pasa, al mismo tiempo, al terreno propiamente dicho histórico internacional: «Petrarca y Cola di Rienzo», de J. Macek; «América en el siglo XVI», según las informaciones proporcionadas en Bohemia, principalmente, por la familia de Rozmberk, sirviéndose de fuentes de otra procedencia. El trabajo corre a cargo de Zd. Simecek. El aspecto centroeuropeo, aunque en estrecha relación con Bohemia y Moravia, queda reducido a dos estudios: «Mercantilismo en la Monarquía de los Habsburgo», de A. Klima, y en torno a la «Problemática del anti-democratismo alemán», de B. Loewenstein. Otros dos trabajos son de carácter puramente «checoslovaco» y se refieren a los «Presupuestos económicos de la política de Praga entre las dos grandes guerras», de B. Cerny, así como a la «Situación de Checoslovaquia en la política internacional en los años treinta del presente siglo», R. Kvacek. El conocido historiador checo, Fr. Graus, hace, finalmente, un comentario acerca de la obra de Zd. R. Dittrich: *Christianity in Great-Moravia*, publicada en 1962 en Groninga, Países Bajos.

Fr. Graus inicia, esta vez, los estudios del tomo XII de *Historica* con un trabajo sobre «El dominio y la fidelidad en la teoría germánica de la continuidad». Sigue la cuestión de «La emigración antifascista alemana en Checoslovaquia, 1933-1934», de J. César y B. Cerny; «La crisis del dualismo y el último compromiso austro-húngaro, 1897-1907», de J. Krizek; «La juventud de Maquiavelo», J. Macek; una reseña de la obra de Denys Hay: *Italian Renaissance in its Historical Background*, Cambridge, 1961, de Fr. Smahel, y una bibliografía comentada de obras relativas a la teoría y a la historia de Bellas Artes, de J. Sámal, publicadas en 1961, a título de suplemento, y como continuación de la bibliografía regular de 1961 insertada en el tomo IX de *Historica*, de 1964.

El tomo XIII de *Historica* está dedicado, casi enteramente, a la historia checa. Una vez más, Fr. Graus trata de «La formación de la conciencia nacional en la Bohemia medieval», de antes de la época de J. Hus, y la propia «Personalidad de ese cismático y su época» corre

a cargo de J. Macek. «La vida y la obra del maestro Jerónimo de Praga», de Fr. Smahel; «Literatura checa en las bibliotecas medievales del extranjero», de I. Hlaváček; «Bohemia y la crisis española de 1590-1620», de J. Polisensky, o «Clases sociales, nacionalidades y tendencias de desarrollo demográfico en Praga de 1880 a 1900», de J. Havránek, son trabajos que ofrecen conocimientos bastante sólidos respecto a diferentes aspectos de la historia checa. Aún más, interesará el punto de vista de un historiador marxista sobre el problema del *nacionalismo* y del *internacionalismo*, de J. Koralka. Dos recensiones (una en relación con la historia del movimiento socialista obrero y otra que gira en torno al imperialismo de 1840 a 1960), asimismo una bibliografía de obras y trabajos procedentes de historiadores checos y eslovacos publicados entre 1963 y 1964 completan esta serie de escritos destinados a la historiografía universal. Todos los trabajos se publican en algún idioma de difusión internacional.—S. GLEJDURA.

Mexico and the Spanish Cortes (1810-1822). Eight Essays. Editado y con una introducción de Nettie LEE BENSON. Institute of Latin American Studies. The University of Texas. 243 págs.

El 16 de septiembre de 1810 se dio el grito de independencia de Méjico por el cura párroco del pueblo de Dolores, Miguel Hidalgo, secundado por varios militares. El levantamiento contra los españoles fue determinado por varias causas, entre las que se contaban el descontento de indios y criollos, principalmente, unido al ejemplo de la emancipación de las colonias inglesas y a la difusión de las ideas revolucionarias francesas. Y, en el año 1824 se proclamó el Acta de Constitución, con lo que quedó consumada la independencia de Méjico.

Pocos desarrollos en la historia del sistema colonial español en Méjico han sido

estudiados y tratados con mayor cuidado por los intentos de la Monarquía española para establecer un Gobierno constitucional en Nueva España bajo su dominio, durante los períodos 1809-14 y 1820-22.

Este libro que comentamos ofrece una panorámica profundizada y abierta, con exigencia de necesario y cabal conocimiento, con textos de la mayor autoridad y calidad, de los esfuerzos —que resultaron baldíos— de la Monarquía española para dicho establecimiento constitucional en Méjico. Esas leyes fueron, y son, un magnífico instrumento de estudio y de consulta para los estudiosos y cu-

riosos de estos temas históricos hispano-americanos, pues abordan problemas de candente valor histórico, y servidos con abundantes documentos, referencias y citas

La obra recoge ocho ensayos, estudiados por otros tantos profesores especialistas, que han sido editados por Nettie Lee Benson, bibliotecaria de la Colección Latinoamericana de la Universidad de Texas, quien lleva el hilo conductor de la obra, explicando en una introducción los temas que publica y donde recoge los principales aspectos sobre la materia. También de dicha autora es una valiosa conclusión, hecha con un criterio metodológicamente moderno, de lo expresado en los ocho ensayos.

Cada uno de los ensayos merece un extenso comentario, por la claridad de conceptos, por el aparato documental y crítico, amplio y preciso, montado sin alardes inútiles. Todo ello visto con perspectiva internacional por grandes juristas, que expresan puntos de vista de indudable y universal interés.

Los ensayos son los siguientes:

1.º «La elección de los diputados mejicanos para las Cortes Españolas (1810-1822)», por Charles R. Berry.

2.º «La expresión constitucional mejicana en las Cortes de Cádiz», por David T. Garza.

3.º «Reforma electoral municipal mejicana (1810-1822)», por Roger L. Cunniff.

4.º «Libertad de imprenta en Nueva España (1810-1822)», por Clarice Neal.

5.º «Realizaciones de las Cortes (1810-1822) en la Reforma de la Iglesia en España y Méjico», por James M. Bredlove.

6.º «El Ejército de Nueva España y la Delegación mejicana y las Cortes Españolas», por Neill Macaulay.

7.º «El papel de los diputados mejicanos en la propuesta y estatutos de las medidas de la reforma aplicable a Méjico», por John H. Hann.

8.º «Reforma destinada a reprimir la revolución», por W. Woodrow Anderson.

Todos los ensayos llevan numerosísimas citas a pie de página que complementan el valor de ellos en grado sumo.

Una completa, extensa y valiosa bibliografía pone fin a esta obra, importante por sus sustantivos comentarios y porque sabe dar la luz suficiente para calar, con quilla profunda, en los vínculos establecidos entre España y Méjico.—TOMÁS ZAMORA.

C. G. JUNG: *Consideraciones sobre la historia actual*. Guadarrama. Madrid, 1968; 162 págs.

Es este un libro de hace más de veinte años; reúne artículos publicados desde 1936 a 1945, cuyo valor puede decirse que ha aumentado si sus conclusiones se consideran en retrospectiva. A través de sus páginas, un psicólogo, sin duda el más eminente de nuestro siglo, incluido el no menos famoso S. Freud, su maestro, se acerca como tal a hechos que hoy son historia y emite su diagnóstico.

Ocupase preferentemente de Alemania, pero sus consideraciones —y él mismo lo piensa así— podrían generalizarse. El

siguiente párrafo podría resumir adecuadamente lo que le extrañaba, hasta el punto de atraerle a un campo al cual era, profesionalmente, ajeno: «Lo que siguió a la guerra (la primera guerra mundial fue una verdadera danza de brujas, fantásticas revoluciones, cambios en el mapa, retrocesos de tipo político hacia modelos medievales y antiguos, Estados que absorben pueblos que sobrepasan en mucho con sus pretensiones de absoluto totalitarismo todos los anteriores intentos teocráticos a este respecto, persecuciones

de cristianos y de judíos, matanzas políticas en masa y, finalmente, todavía un alegre ataque de piratas a un pacífico país de mediana cultura» (se refiere a Abisinia). Al escritor, lo que más le conmueve es el hecho de que en un país «auténticamente civilizado, al que se creía ya mucho más allá de la Edad Media, Wotan, un antiguo dios de la tormenta y de la embriaguez, durante largo tiempo en histórico retiro, pudiera despertar de nuevo, como un volcán apagado, en renovada actividad; es algo más que curioso; es verdaderamente chusco». Pero, en efecto, el viejo Wotan, «con su carácter abisal», es quien mejor explica el nacionalsocialismo. En todas partes resulta, efectivamente, que el dios nacional ha atacado al cristianismo en un amplio frente, llámese técnica y ciencia en Rusia, Duce en Italia y «fe alemana» o «cristianismo alemán» o «Estado», en Alemania. Las mismas Iglesias se sienten impotentes y, en general, colaboran con los nuevos dioses.

Contiene la obra, además de un breve prólogo, cuatro artículos, titulados: «Wotan», «La psicoterapia en la actualidad», «Psicoterapia e ideología» y «Después de la catástrofe». Finalmente, en un epílogo, de 1945, comenta: «Lo que acabamos de vivir en Alemania», no constituye, sin embargo, más que «el primer brote de una alienación de espíritu general, una irrupción del inconsciente en el marco de un mundo aparentemente bien ordenado», pues el europeo «no debe dejarse engañar por el destino de Alemania y figurarse que todo el mal del mundo se halla localizado en Alemania». Antes bien, «debe caer en la cuenta de que la catástrofe alemana constituye sólo una crisis de la enfermedad general europea». El problema definitivo era, para Jung, que el hombre colectivo amenazaba sofocar al individuo, pues en el hombre como individuo es en quien, en resumidas cuentas, se apoya toda responsabilidad, siendo la masa, como tal, anónima e irresponsable.—D. N.

KHALID B. SAYEED: *Pakistan. The Formative Phase, 1857-1948*. Oxford University Press. Londres, 1968; 342 págs.

Entre la serie de estudios que sobre la vida política y cultural de Pakistán ha dedicado la Oxford University Press, se encuentra éste del profesor de Estudios políticos de la Universidad de Queen (Canadá), Khalid B. Sayeed, dedicado a mostrar la historia reciente de dicho país, en especial la que comprende el período de 1857 a 1948, por ser la que, en la mente del autor, representa la fase de formación en el desarrollo político de Pakistán. El doctor Sayeed es también autor de *The Political System of Pakistán* (1967) y ha explicado en Universidades indias y pakistaníes.

El autor intenta mostrar en esta obra el desarrollo del movimiento separatista musulmán desde el año 1857, año en que

se produce un motín contra el régimen británico en Delhi y Oudh, hasta 1948, en que muere Jinnah, primer presidente de la Liga musulmana All-India y después gobernador general de Pakistán. El intento por mostrar la fuerza y la debilidad del movimiento separatista musulmán, que eventualmente culminó en la creación de Pakistán, y la intención de hacer ver que los sucesivos pasos de este movimiento eran dirigidos y acelerados por un líder como Jinnah, lleno de personalidad y estrategia política, son los aspectos más fundamentales de este libro. Y ello en razón de que ha sido una tendencia común entre escritores e intelectuales musulmanes atribuir la crea-

ción de Pakistán a los indúes, por cuanto los intelectuales y escritores indios habían explicado el *establishment* de Pakistán como un resultado de ciertos movimientos tácticos equivocados que el partido del Congreso hizo en sus tratos con los británicos y con la Liga musulmana. De hecho ninguno de la fuerza e intensidad del movimiento separatista musulmán.

La primera parte de la obra trata de los orígenes de Pakistán. El autor aporta puntos de vista conflictivos acerca del origen de Pakistán, describe la conciliación anglo-musulmán-hindú en India en el período comprendido entre 1857 y 1914, habla de los ensayos de unión musulmán-hindú entre 1916 y 1940 y de las contingencias históricas que atravesó el país en esta época, para terminar con

un capítulo destinado a examinar el papel y la organización de la Liga musulmana. En la segunda parte se dedica el autor a exponer la continuación del sistema virreinal en Pakistán. Trata el nombramiento de Jinnah como gobernador general de Pakistán y examina los poderes constitucionales y políticos del gobernador general, terminando con un análisis del sistema virreinal y del movimiento nacionalista musulmán.

La tesis que mantiene el autor es que si puede decirse que el movimiento nacionalista ha sido la fuerza creadora del *establishment* de Pakistán, de igual forma debe sustentarse que los componentes básicos del sistema político de Pakistán han sido modelados con arreglo al sistema virreinal británico.—TOMÁS NAVARRO CALAMA.

P. J. M. McEWAN: *Africa from early times to 1800*. Oxford University Press. Londres, 1968; 436 págs.

La serie «Readings in African History», dirigida por P. J. M. McEwan, no pretende ser una historia general y sistemática del Continente africano, sino una miscelánea de textos previamente publicados por historiadores ingleses y franceses. Este primer volumen incorpora cuarenta y un pasajes de treinta y siete autores —aparte de catorce mapas, una tabla cronológica y una bibliografía escogida de sesenta y cuatro títulos.

Lamentamos no poder hacer justicia a las contribuciones recogidas, que —aunque heterogéneas y no siempre concordantes— son de verdadero valor. Nuestra reseña será pobre. Por lo demás, seguiremos un orden temático, prescindiendo a menudo de los catorce epígrafes un tanto arbitrarios en que aparece dividida la compilación.

J. D. Clark (págs. 1-21) y C. Wrigley (págs. 21-31) esbozan la larguísima evolución de la cultura en el Continente, desde el *Zinjanthropus*, de Olduvai,

hasta la aún reciente Edad del Hierro. La aparición de la raza negra, su atraso cultural relativo —debido sin duda a un prolongado aislamiento geográfico— y la difusión de las lenguas bantúes, son otros tantos puntos oscuros pero decisivos. Clark resume en un diagrama las interrelaciones entre los sucesivos genotipos humanos, el medio ambiente y la cultura y estructura social.

G. Murdock (págs. 143-144) y J. Nickerson (págs. 154-167) se ocupan del África Menor (=Berbería o Moghreb), desde los bereberes protohistóricos hasta la conquista árabe. Durante los ocho siglos de dominación romana, se registraron algunos hechos trascendentales, como la introducción del camello.

R. Le Tourneau (págs. 351-360) destaca la singularidad del Islam moghrebí, y señala sus tendencias y períodos. B. Lewis (págs. 320-327) compendia la historia de Egipto y regiones próximas, desde el Califato Fatimita hasta el Imperio

Otomano. Lewis hace agudas observaciones sociolingüísticas acerca de las posiciones relativas del turco y del árabe durante un milenio.

L. Briggs (págs. 168-177) y E. W. Bovill (págs. 244-258) pasan revista a las vicisitudes del tráfico trans-sahariano, que puso en contacto al Moghreb con el Sudán durante varios siglos y tuvo importantes consecuencias políticas y religiosas. No hay que perder de vista que al-Andalus fue la prolongación natural de aquellas rutas, a las que debió el aflujo de oro y los esclavos sudaneses, pero también la invasión de los almoravides.

G. Murdock (págs. 144-154); J. Vansina, R. A. Mauny y L. V. Thomas (páginas 35-37); J. D. Fage (págs. 38-44); R. A. Mauny (págs. 109-122); Y. Urvoy (págs. 47-59); J. Rouch (págs. 59-89); Y. Person (págs. 90-109); J. Le Cornec (páginas 122-133), y, finalmente, T. Hodgkin (págs. 133-142), muestran cómo se sucedieron en el Sudán una serie de reinos de tipo feudal (Malí, Ghana, Bornú, Songhay, Samori, Bagurmi, Kanem, etcétera), y descubren las complejas relaciones entre las comunidades lingüísticas, el tráfico comercial, las formaciones políticas y los movimientos espirituales. Toda esta zona y el Moghreb mantuvieron secularmente una intensa comunicación que sólo menguó cuando la irrupción de los occidentales en las costas de Guinea captó hacia el Sur una parte del tráfico.

I. Schapera (págs. 205-209); J. Vansina, R. A. Mauny y L. V. Thomas (páginas 32-35); M. Bates (págs. 201-204), y M. Posnansky (págs. 186-198), se ocupan de las migraciones bantúes y de las formaciones políticas a que dieron lugar, algunas de las cuales perduran todavía.

G. Mathew (págs. 198-200), M. Bates (páginas 201-204) y J. S. Trimmingham (páginas 343-351), presentan la cultura swahili como un interesante caso de contacto árabe-bantú, análogo al contacto árabe-

malayo. La cultura swahili, cuyo centro fue Kilwa, estuvo activamente comunicada, no sólo con Hadramaut y Omán, sino incluso con las costas más lejanas del Océano Indico. El Kiswahili es un criollo bantú-árabe.

M. Perham (págs. 290-305); A. H. M. Jones y E. Monroe (páginas 305-312), y E. Ullendorff (págs. 312-319), trazan la azarosa historia de Abisinia, desde el reino sabeo de Axum hasta los primeros contactos con Occidente. La supervivencia de esta isla cultural cristiana en medio de paganos y musulmanes es un hecho histórico notable, y dio lugar a la leyenda del Preste Juan.

J. H. Parry (págs. 210-217), J. W. Blake (págs. 217-227) y E. Axelson (páginas 227-43), narran sumariamente la exploración, tráfico y establecimiento de los portugueses en el oeste y sudeste de Africa. Los portugueses —además de captar hacia el sur (=Guinea) parte del comercio del Sudán, que hasta entonces había seguido rutas trans-saharianas— arrebataron a los árabes el comercio en el Océano Indico, entre el este de Africa, la India y Malasia.

K. O. Dike (págs. 258-265); R. Oliver y J. D. Fage (págs. 265-268); J. D. Fage (págs. 269-275); J. W. Blake (páginas 275-280), y C. R. Boxer (págs. 280-289), dan interesantes noticias acerca del comercio de esclavos entre 1441 y 1885. Fage estima en unos 35 millones la pérdida demográfica sufrida por las costas occidentales de Africa. Dike afirma que, durante el siglo XVIII, el comercio triangular entre la Gran Bretaña, el oeste de Africa y las islas del Caribe, aportó buena parte del capital que financió la revolución industrial inglesa.

I. M. Lewis (págs. 328-42) y T. Hodgkin (págs. 361-367) estudian la considerable expansión de la ecumene musulmana (=dar al-Islam) en la época del colonialismo y del nacionalismo en Africa.

V. Thompson y R. Adloff (págs. 368-377); R. Oliver (págs. 377-382), y J. F. Ajayi (págs. 382-392), trazan los rasgos principales de la labor misional católica y protestante —a menudo en conflicto con el colonialismo— y muestran sus considerables repercusiones.

Por último, J. W. Fernández (páginas 393-401) estudia los movimientos religiosos africanos durante la época colonial. Desechando el modelo bidimensional de R. Linton, Fernández cree que las dimensiones significativas no son racional-mágico y *revivalistic-perpetuative*, sino más bien instrumental-expresivo y aculturado-tradicional. Según este autor, los movimientos religiosos de orientación instrumental persiguen, sobre todo, la continuidad de una manera activa y realista, comprendiendo que el precio de la supervivencia es la readaptación. Los movimientos expresivos, acaso más

desesperados, se contentan con una satisfacción simbólica (= *symbolic displacement*) e incluso crean un imposible universo compensatorio. Subrayamos que, en lo esencial, la dimensión instrumental-expresivo coincide con la polaridad conservador-tradicionalista, propuesta por E. Tierno (1962). En todo caso, creemos que el modelo de Fernández puede ser aplicado a una enorme gama de movimientos sociales y de ideologías.

Ya hemos advertido que los textos compilados en este volumen no cubren ni con mucho la totalidad del pasado africano. Pero son retazos que muestran vívidamente de qué manera se ha ido tejiendo ese pasado. El lector descubre que el pretendido «Continente sin historia» tiene, en realidad, una historia larga, complicada y tanto más interesante cuanto que en gran parte está aún por explorar.—LUIS V. ARACIL.

D E R E C H O

RUIZ-GIMÉNEZ CORTÉS: *El Concilio y los derechos del hombre*. Cuadernos para el Diálogo. Madrid, 1968; 198 págs.

El hecho de que los derechos del hombre no hayan encontrado todavía una garantía eficaz en las sociedades modernas, cuyos Estados han suscrito, por otra parte, «Declaraciones» históricas de esos derechos fundamentales, no desalienta a los hombres de buena voluntad para seguir proclamando con toda energía la defensa de esos derechos, su carácter natural e inviolable y sus exigencias. Eso hace en esta ocasión el autor del libro que presentamos.

Cierto que los derechos humanos no son creación de documentos solemnes ni de más solemnes «Declaraciones» o Asambleas. Con esos hechos históricos, y sin ellos, el hombre, por exigencias necesarias de su naturaleza, origen y fin, tiene unas facultades morales «na-

turales», cuyo fundamento está, en último término, en la ley moral natural y ésta no es puesta por votaciones en plebiscitos. Pero si esto es cierto, no lo es menos que a partir del reconocimiento y proclamación «oficial» de esos derechos, de la afirmación de la dignidad de la persona humana en la doctrina y en la legislación, se ha dado un paso importantísimo en el respeto al ser más excelso de la creación humana, «imagen y semejanza de Dios», al cual *todas las cosas creadas* (también la sociedad y el Estado) deben servir y ayudarle a conseguir sus fines, porque todas fueron hechas por El para que, conjuntamente, hombre y cosas, tiendan al fin último de la Creación.

Aun cuando Ruiz-Giménez va a refe-

rirse principalmente a la doctrina del Concilio Vaticano II sobre los derechos del hombre (como reza el título) y a los Papas del Concilio —Juan XXIII y Pablo VI—, «que pasará a la historia de la Humanidad por haber declarado solemnemente el principio del universal respeto a la persona humana en todos los niveles de la vida colectiva y la necesidad de una eficaz tutela de los derechos de todos los hombres, sin discriminación alguna», sin embargo, el autor, buen conocedor de la doctrina de la Iglesia y del Evangelio, «en el que está la fuente más honda de la libertad del hombre», hace primero una síntesis del proceso de incorporación o asunción de la temática contenida en las Declaraciones de los Derechos del Hombre en la llamada «doctrina social de la Iglesia» durante la etapa preconciliar.

En esta *etapa preconciliar* toma como punto de *referencia* o de *contraste* la doctrina de los documentos pontificios desde la encíclica *Mirari Vos*, de Gregorio XVI, hasta la reunión del Concilio bajo el pontificado de Juan XXIII, analizando agudamente las libertades y derechos humanos que van siendo proclamados por los Papas de esta etapa: Pío IX y León XIII, Pío X, Benedicto XV, Pío XI y Pío XII, cuyas memorables enseñanzas es preciso señalar «si se quiere comprender en toda su profundidad» la doctrina del Concilio Vaticano II.

En la exposición de ese proceso doctrinal pontificio, Ruiz-Giménez va subrayando (y el subrayado es bien significativo en cada caso) lo que el autor considera como avances escalonados en el reconocimiento, garantía y protección efectiva en las libertades y derechos humanos, sobre todo de tipo social y político.

Se fija principalmente el autor en la doctrina a este respecto de la encíclica *Pacem in Terris*, de Juan XXIII, «de

decisiva influencia sobre el Concilio», en la que, tras la afirmación capital de la dignidad de la persona humana, funda en ella «los derechos y deberes que manan inmediatamente de su misma naturaleza, y que son por ello universales y no pueden renunciarse por ningún concepto».

Hace seguidamente, y siguiendo a la encíclica, una composición, agrupada en torno a unos ejes principales, de los derechos fundamentales del hombre, «cada uno de los cuales lleva inherente la satisfacción de una honda exigencia de la naturaleza, el logro de un valor, la realización de un fin, el cumplimiento de un deber»; derechos que se conectan directamente con el más íntimo de la vida y de la personalidad individual de cada hombre, derechos correspondientes al hombre en su resolución con la comunidad familiar, derechos de contenido socioeconómicos, de carácter social y político, y derechos del hombre en el plano internacional, terminando con los párrafos relativos a las condiciones para la efectividad de todos esos derechos humanos.

Juan XXIII ofreció al Concilio las grandes pautas de lo que después habrían de ser la Constitución pastoral sobre «la Iglesia en el mundo de hoy» —la *Gaudiam et spes*— y de aquellas otras declaraciones que, como la de libertad religiosa, «integran el cuerpo básico de la enseñanza conciliar de los derechos humanos» (pág. 70).

La Iglesia en el mundo de hoy del Concilio no es sólo un título o una frase, sino que es la misión de la Iglesia «abierta al mundo contemporáneo y en diálogo con los hombres, y no bajo vagas declaraciones abstractas, sino a través del examen objetivo de algunos de los problemas más urgentes de la vida colectiva de hoy».

Lo que la Iglesia y el Concilio quieren es «dar sentido cristiano al orden temporal y reestructurarlo en aquello

que sea disonante con la exigencia de respeto a la dignidad del hombre, a sus libertades fundamentales». La problemática sobre el reconocimiento y protección de los derechos humanos se enfoca por el Concilio dentro de la visión integral sobre el hombre y su contorno colectivo, destacando estos tres rasgos básicos: la conciencia del hombre como ser racional y libre, su índole indigente y menesterosa y, en consecuencia, radicalmente social, y por último, su vinculación trascendente (pág. 94).

Con gran concisión, pero sin dejar de subrayar lo fundamental, va exponiendo Ruiz-Giménez, en un ensayo de sistematización de los principales textos, la doctrina del Concilio, «defensor de los hombres», que aborda el panorama de los derechos humanos no como legislador, sino como maestro de doctrina y de vida. De ahí el carácter no exhaustivo o rígido, sino abierto y dinámico de esta Magna carta cristiana de las libertades del hombre.—EMILIO SERRANO VILLAFANE.

GEORGE USCATESCU: *Del Derecho romano al Derecho soviético*. Instituto de Estudios Políticos. Madrid, 1968; 114 págs.

Si como humanista George Uscatescu es considerablemente conocido en Europa (sus libros, que abarcan desde estudios acerca de la Antigüedad clásica hasta ensayos sobre los temas vitales de nuestro tiempo, han sido publicados en diversos países europeos), como jurista tiene una personalidad menos conocida. Varias han sido también, sin embargo, sus publicaciones de orden jurídico. A ese orden pertenece esta nueva obra, donde describe el camino que Rumania ha debido en pocos años recorrer para pasar de la aplicación de un Derecho hondamente enraizado en la romanidad a la creación de un Derecho fuertemente influido por la soviétización.

La impronta de la Roma de Trajano en lo que hoy es Rumania constituye el punto de partida de Uscatescu, quien analiza los elementos esenciales de la cultura rumana, poniendo de relieve cómo el pueblo rumano ha heredado de Roma, además de la lengua, un peculiar sentido de la medida, la preferencia por el orden y el equilibrio de las ideas de la justicia, del Derecho y de la organización estatal. «La base de la concepción jurídica y política del pue-

blo rumano —afirma— es, indiscutiblemente, rumana.» Desde el propio nombre del Derecho (*drept*) hasta el del juez (*judetz*), los términos jurídicos son en Rumania latinos, como latino fue el Derecho consuetudinario del país, donde se transmutaron las concepciones jurídicas de Roma.

Las diversas etapas jurídicas rumanas son después brevemente estudiadas hasta llegar a la del Estado moderno rumano. Nació éste a mediados del siglo XIX, su construcción «refleja en la creación de un régimen constitucional, de un sistema de Derecho político y de una doctrina jurídica con raíces propias, una innegable capacidad de realizar desde este punto de vista una auténtica forma de cultura en el ámbito del Derecho.» Al señalar las características esenciales de esa etapa, Uscatescu resume el ideario de Mihail Eminescu —el gran poeta y a la vez gran doctrinario político rumano— y expone lo que ha sido la organización judicial de Rumania, especialmente en base a la ley de 1938.

Llegamos así a la etapa actual, caracterizada, según Uscatescu, por el proceso de soviétización de la Justicia rumana. La Justicia es «el campo donde

acaso más profundamente la soviétización ha operado cambios», hecho importante en un país que era «el único entre los integrados en la esfera de transformaciones seviéticas que se considerase por tradición integrado en una mentalidad y organización jurídica rumana». Y Uscatescu expone detalladamente la organización y direcciones que a la Justicia de Rumania han impuesto las leyes hoy vigentes en el país, que son a grandes líneas un calco del sistema doctrinal y jurisprudencial ruso.

La soviétización del Derecho, ¿ha aniquilado la idea de la esencia del orden jurídico que Rumania había heredado de Roma? Para Uscatescu, al parecer, no, ya que la deslatinización ha sido impuesta desde fuera y consumada con escasa contribución ideológica des-

de dentro. Por ello si la soviétización es ciertamente un hecho, «sus repercusiones sobre las transformaciones de la mentalidad jurídica rumana son una incógnita».

Uscatescu, escritor rumano nacionalizado desde hace años en España, escribe con amor no disimulado ni exaltado hacia su patria de origen, pero con suficiente objetividad, sobreponiéndose a lo que pudiera ser explicable pasión. Su libro, que se apoya en un sólido conocimiento de la tradición jurídica rumana y en una documentación al día de la legislación vigente, resulta realmente sugestivo para todos los que se preocupen por la subsistencia de los principios jurídicos legados por Roma al mundo occidental.—JOSÉ MARÍA CASTÁN VÁZQUEZ.

JUAN VALLET DE GOYTISOLO: *De la virtud de la Justicia a lo justo jurídico*. Centro de Estudios Jurídicos Hispanoamericanos. Instituto de Cultura Hispánica. Madrid, 78 págs.

Se ha dicho, creemos que por el profesor Sánchez de la Torre, que «en dos mil quinientos años de filosofía jurídica, las preocupaciones de los legisladores y de los jueces, así como la reflexión de los filósofos, se centran en el problema de instaurar la justicia en las relaciones humanas». El autor del trabajo que comentamos se encuentra, en efecto, encuadrado dentro de la línea iusfilosófica, que ve en la justicia la más alta finalidad del Derecho, prestando, por consiguiente, máxima atención a la distinción clásica —conocida es la obsesión que por este tema tuvieron los pensadores helenos— de lo justo legal y lo justo natural. Conviene señalar que es bastante difícil mantener un criterio personal, independiente y autónomo sobre el concepto de la justicia. Para alcanzar ese matiz de originalidad al que, por supuesto, todo autor aspira, Vallet

de Goytisolo penetra con la profundidad y veracidad que le caracteriza en las más importantes concepciones doctrinales, es decir, en el pensamiento de aquellos autores que con mayor seriedad y garantía científica se han ocupado y preocupado del tema que se estudia en el trabajo que comentamos, y en efecto, cuando se trata de buscar solución a los grandes problemas de lo político, lo jurídico o lo social, según Ortega, siempre acontece esto, es decir, que «cuando el inmediato futuro se hace demasiado turbio y se presenta excesivamente problemático, el hombre vuelve atrás la cabeza, como instintivamente, esperando que allí atrás aparezca la solución. Este recurso del futuro al pretérito es el origen de la Historia misma, y, en cierto modo, agregamos nosotros, de la misma filosofía jurídica.

Destaca, pues, Vallet de Goytisolo,

entre otras cosas, que la justicia ha vuelto a ocupar la médula del concepto del Derecho para lo más florido de nuestra filosofía jurídica. Intuitivamente, a la vez, añade que: ¡Claro que la dificultad principal radica aún en ponerse de acuerdo acerca de lo que es la justicia! Cuanto antecede desemboca en lo que, por nuestra cuenta y riesgo, podemos considerar la clave principal del libro: determinar si la justicia es un sentimiento, una virtud, una idea o, finalmente, un valor.

Cada una de las expresiones que anteceden implican, naturalmente, la existencia de distintas concepciones que, en su mayor parte, son incompatibles, contradictorias y disidentes entre sí. El autor, por lo tanto, no ha regateado esfuerzo alguno para trazar en toda su amplitud el concepto de la naturaleza de la justicia; precisamente, afirma, «es el estudio de esa naturaleza la que, siguiendo a Cicerón, nos permite distinguir la ley buena de la mala, lo justo de lo injusto y lo honesto de lo torpe».

Explica Vallet de Goytisolo que, efectivamente, el concepto de la justicia experimenta a lo largo de la Historia avances y progresos, retrocesos y decadencias, y por ello no debe sorprendernos que sea complejo, arduo y difícil fijar sobre la justicia un concepto absoluto.

Destaquemos, por último, la selecta y copiosa bibliografía manejada por el autor, así como el acierto y la hondura con la que el ilustre académico ha expuesto, por ejemplo, el pensamiento de Battaglia, Marcel de Corte o Going. De conformidad con la posición adoptada por el autor citado en primer término, Vallet de Goytisolo se pregunta: ¿Cómo distinguiremos si realmente subimos y avanzamos hacia «la epifanía del espíritu», o si, contrariamente, retrocedemos y descendemos a la corrupción, aun pensando que avanzamos y ascendemos? ¿Tendremos que aguardar la catástrofe para «rehacer», en la «intimidad» de nuestra «conciencia vigilante», el valor de la justicia?—J. M. N. DE C.

RAMÓN GARCÍA MANSO: *Juridicidad y moralidad en Suárez*. Facultad de Derecho de la Universidad de Oviedo. Instituto de Estudios Jurídicos, 1967; 169 págs.

Forma parte esta obra de la tesis doctoral sobre «El concepto del Derecho y la división del mismo en natural y positivo en la obra de Francisco Suárez», defendida por el autor en la Facultad de Derecho de la Universidad de Oviedo, mereciendo la calificación de sobresaliente *cum laude*.

En apretadas páginas, documentadas pero de lectura fácil y fluida, introduce el libro a los conceptos fundamentales del gran maestro escolástico. Justifícase el trabajo por el hecho extraño de que Suárez, «uno de los genios más altos de la filosofía», haya sido, sin embargo, relativamente poco estudiado en su propia patria: «Ha sido silenciado, infra-

valorado y hasta desconocido por propios y extraños», e incluso, afirma el autor, la gran mayoría de los trabajos existentes no son muy afortunados.

En la introducción, partiendo de la convicción de que en la obra de Suárez existen elementos suficientes para determinar «el ser mismo del Derecho», se delimitan los temas que constituyen objeto de estudio, fundamentalmente el concepto de ley y la suareciana distinción entre ley jurídica y ley moral. La monografía, como explícitamente declara el autor, «sólo pretende insertarse en la historia del pensamiento iusfilosófico, al respecto del problema del Derecho como ley», en la obra del teólogo-

jurista granadino, y por lo mismo, «sólo atenderá a las corrientes de ideas de la época, explicando su postura doctrinal de aceptación, rechazo o modificación de las mismas».

Apoyándose con precisión en los textos del jesuita y en la copiosa bibliografía, manejada con espíritu crítico, el autor, en nueve capítulos, expone con sencillez y claridad su punto de vista respecto a los temas tratados: la concepción suareciana de la moralidad, la realidad metafísico-moral de la ley, su carácter moralizador, su relación con la potestad legislativa, con la comunidad y con el bien común; su aspecto de justicia, la promulgación, la sanción de la ley, etc.; es decir, «su naturaleza, sus principios constitutivos esenciales y sus propiedades singulares». Los capítulos finales se refieren a la relación entre juridicidad y moralidad, y con este objeto se examinan las diferentes formas

de potestad legislativa, de bien común, de justicia y demás notas anteriores, concluyendo que, a la vista del estudio realizado, se podría definir lo jurídico, según la doctrina suareciana, como «normas o causas puramente morales».

El autor no trata tanto de interpretar el pensamiento de Suárez cuanto de exponerlo en sus propios términos, si bien, naturalmente, arriesga con frecuencia deducir consecuencias de la doctrina de aquél. Precisamente por esto, el libro, presentado por el profesor J. Delgado Pinto, resulta del mayor interés, ya que constituye como una puesta al día del pensamiento del maestro jesuita, teniendo en cuenta por cierto no sólo su fundamental tratado *De legibus*, al que frecuentemente se limitan los estudiosos, sino el contexto de su pensamiento filosófico, fundamental para entender aquél.—D. N.

E C O N O M I A

VARIÜ AUCTORES: *Recherches recentes sur la Fonction de Production*. Centre d'Etudes et de Recherches Universitaires de Namur Ceruna, 1968; 242 págs.

Las preocupaciones que animan actualmente a los economistas en materia de función de producción, se dirigen hacia aspectos tales como cuál es la validez epistemológica de dicha función, si puede darse una definición exacta de conceptos tales como producción, capital, trabajo y capacidad, si la función de producción puede enriquecer la teoría pura micro o macroeconómica, si puede expresarse funciones de producción específicas a partir de datos puramente técnicos, etc. Como vemos el campo es amplio, por lo que la función de producción ha suscitado en los últimos años numerosos estudios, entre los que se encuentran los de Samuelson, Solow y Nerlove. La función de producción se

utiliza tanto en micro como en macroeconomía. En microeconomía permite expresar matemáticamente numerosos principios que se encuentran a la base del comportamiento del consumidor; en macroeconomía constituye el núcleo de todo modelo de crecimiento.

Tomando este instrumento analítico como tema central de investigación, el Centro de Investigaciones de Namur (Bélgica) ha reunido en esta obra diferentes artículos que estudian la función de producción a distintos niveles. En el primer artículo del profesor Spaventa, de la Universidad de Perugia, se pone en duda la legitimidad del empleo de tal concepto; frente a la opinión generalmente admitida, entre la que cuen-

ta la autoridad de Samuelson, el autor muestra que dos propiedades clásicas de la función de producción no son de aplicación universal. Sigue después un estudio del profesor Johansen, de la Universidad de Oslo, que se sitúa, al igual que el anterior, en el terreno de los principios. Analiza, en efecto, la noción de capacidad, mostrándonos sus diferentes características y definiciones; estudia a continuación su empleo en diferentes modelos, subrayando las consecuencias epistemológicas que se pueden sacar, y termina con una aplicación al problema de la medida de la capacidad.

Después de estas contribuciones, que se pueden calificar de conceptuales, vienen tres trabajos que enriquecen la «teoría pura» de la función de producción; los dos primeros en microeconomía y el otro en macroeconomía. El profesor Solari, de la Universidad de Ginebra, amplía la función de producción habitualmente considerada; sus resultados constituyen una generalización de los teoremas microeconómicos clásicos. El profesor Pun, de la Universidad de Uppsala, muestra en su artículo que la teoría del productor presenta una sorprendente analogía con la teoría del consumidor (isomorfismo de las dos teorías). Ya en un anterior artículo el au-

tor tradujo en términos de funciones de producción los efectos de sustitución y de renta de Slutsky-Allen; en el presente estudia el caso de la regresividad que caracteriza a ciertos productos, cuya cantidad decrece con el nivel de producción (productos «inferiores»).

El doctor Schefer, de la Universidad de Bonn, presenta un modelo macroeconómico de crecimiento de tipo neoclásico. El modelo está basado en dos funciones de producción: la primera, técnicos de una economía (función *ex-ante*); la segunda, del tipo CES. (*Constant Elasticity of substitution*) muestra la producción correspondiente al capital instalado (función *ex-post*). Construido el modelo, el autor estudia las implicaciones que se refieren a la realización de diferentes objetivos que un planificador podría proponerse. El libro se cierra con un estudio de los profesores Paelinck y Meester, de la Facultad de Namur y pertenecientes al Centro de Investigaciones Económicas y Sociales de dicha Facultad, que analizan una función neoclásica, del tipo CES no homogénea; su estudio sugiere que conviene separar netamente la evolución tecnológica de la evolución económica, la cual reposa en la idea de óptimo.—TOMÁS NAVARRO CALAMA.

JOSÉ CASTAÑEDA CHORNET: *Materialismo y espiritualismo en la Economía*. Universidad de Madrid, 1968; 30 págs.

Este folleto contiene el texto del discurso leído por el profesor Castañeda en la apertura del actual curso académico de 1968-69.

Rechaza el autor la concepción, ciertamente antigua, de la economía como ciencia materialista. Esta idea procede, en primer término, de los economistas llamados clásicos y de su definición de aquélla como ciencia de la riqueza, si bien ya Sismondi, casi al mismo tiem-

po, insistió en que lo esencial no es sino el hombre. Este es, a fin de cuentas, quien la produce y la consume. Por eso la economía es sustancialmente actividad. Examina a continuación que sean las necesidades humanas que la economía pretende satisfacer, rechazando la creencia generalizada de que se trate de necesidades inferiores; lo característico consiste en la materialidad del medio.

Señala después las clases de bienes, materiales e inmateriales, y la posibilidad de que éstos sean regulables, lo cual verdaderamente les confiere carácter económico.

Discute a continuación otra creencia ingenua que tiende a destacar el aspecto materialista de la economía: aquella —popularizada por John Stuart Mill— según la cual la satisfacción de sujeto equivaldría a un puro y estricto egoísmo. Ni esto es verdad ni siquiera lo es que todos los clásicos se hayan expresado de la misma manera, comenzando por A. Smith. El propio *homo oeconomicus*, tan criticado, no constituye más que un supuesto teórico. El historicismo propuesto por Marx y Engels entrañaría irremediamente un descarnado materialismo.

Pero aun la propia posición utilitarista ha sido superada dentro de la economía por la teoría de la motivación, la cual, al implicar que el hombre debe elegir, impregna de moralidad toda la actividad económica.

La que, con alguna libertad, podríamos denominar segunda parte del dis-

curso comienza criticando la doctrina que ataca a la economía bajo el supuesto de que ésta considera el trabajo como una mercancía. Aborda también la cuestión referente al salario y al «llamado capital humano» para considerar después la diferencia entre economía positiva —la que se impuso hasta nuestros días—, convirtiendo la economía en ciencia neutral, ajena a todo valor, hasta que su esterilidad fue desbordada por la realidad. La relación entre economía e ideología, tal como la ha expuesto J. Robinson, y entre estructuralismo y economía le ocupa después. Aquella corriente filosófica, por cierto, según recuerda el profesor Castañeda, le fue inspirada al filólogo Saussure por Walras y Pareto con sus leyes del equilibrio y del desarrollo económico. Para terminar, habla de un «final optimista», poniendo en conexión la economía con las posibilidades liberadoras de la automatización creciente.

Aun cuando en el curso del trabajo no se proponga una definición formal de la ciencia económica, todo su desarrollo aboca a esta conclusión.—D. N.

F I L O S O F I A

HEINRICH BECK: *El Dios de los sabios y de los pensadores*. Biblioteca Hispánica de Filosofía. Madrid, 1968; 163 págs.

Cada vez más extendida es la errónea creencia que desde el comienzo de la Edad Moderna estima que el problema de Dios no puede ser resuelto por la Filosofía ni tratado científicamente, sino que su solución está reservada a un acto de fe subjetiva, que no puede justificarse objetivamente. A demostrar la falsedad de esta opinión tan divulgada se dirige este libro, cuyo título original, *Der Gott der Weisen und Denker. Die Philosophische Gottesfrage*, fue publicado en 1964, y que ahora, en versión española de Mariano Marín Casero, pre-

senta la Biblioteca Hispana de Filosofía, tan mercedidamente prestigiada por sus notables publicaciones.

Es propósito del autor la demostración de la existencia de Dios partiendo del mundo con los medios del pensar científico, con lo que se presta una valiosa «ayuda» en el conocimiento de la base, común de verdad de todas las religiones y confesiones, y aporta así una piedra fundamental para el encuentro que ha iniciado el Concilio Vaticano II».

El problema de Dios, de su existen-

cia, su esencia y relación con el mundo y con el hombre responde al problema del sentido y contenido de la vida y del ser en general, que un día despierta en todo hombre y exige una decisión. Por eso este problema «es, con mucho, el más importante y el más profundo; el más existencial de todos los problemas que se plantean». Tiene este problema un doble aspecto: filosófico y teológico según que se trate de obtener una respuesta al mismo sólo por la reflexión humana, o a partir de la fe en una especial revelación sobrenatural. No son, en modo alguno, incompatibles estos dos aspectos. Es el viejo problema de la conciliación de la Filosofía y de la Teología que, a su vez, no es sino una consecuencia de las relaciones entre la fe y la razón tan luminosamente resuelto por Santo Tomás y la filosofía llamada «cristiana».

El *conocimiento* religioso natural de Dios, «filosóficamente ilustrable y deducible de su logicidad, a partir del mundo, constituye también la base de la fe religiosa en una revelación sobrenatural de Dios en los profetas del Antiguo Testamento y en Jesucristo». Si se disocia al hombre creyente en un conocedor moralmente natural y en un creyente puramente sobrenatural, la existencia humana concreta padecería entonces un estado de tensión entre dos mundos extraños entre sí, enfrentados y sin relación, que no encontraría verdaderamente su patria ni en el mundo de la fe ni en el mundo del conocimiento; «estaría divorciado en un hombre cognoscente y en un hombre creyente y enfermaría de esquizofrenia existencial» (pág. 24).

Si, en efecto, se hiciese esa disociación del hombre —firmemente subrayada por el autor—, como creyente no puede el hombre comprender su fe, y como conocedor no puede albergar su saber en Dios; como creyente niega su

entendimiento y como conocedor no sabe cómo empezar con Dios. La falta de comprensión natural de Dios por el mundo y en el mundo «representa, por tanto, en la existencia humana concreta como tensión insana e insoportable, porque la fe ante la razón encajada en el mundo existiría sin justificación y sin responsabilidad».

Es, pues, preciso que nuestro conocimiento natural se abra camino a través del mundo y que toque a Dios para que seamos capaces de aceptar al Dios que se revela sobrenaturalmente. O, en otros términos, el proceso del pensamiento, en la demostración de la existencia de Dios, se eleva primeramente de la existencia del mundo a la existencia de Dios.

Tras unos primeros capítulos de carácter introductorio y de exponer el sentido y justificación del problema filosófico de Dios a partir de la situación existencial del hombre y de presentar brevemente las principales concepciones filosóficas que han surgido en la historia del pensamiento en torno a este problema (el escepticismo, el ateísmo y el teísmo), el autor desarrolla su propia teoría filosófica de Dios. Para ello parte de la existencia del mundo de la que se eleva a la del Creador; estudia a continuación la esencia divina, para volver desde ella al mundo.

El proceso de pensamiento del autor posee así «la forma de un circuito»: en la demostración de Dios se eleva, primeramente, de la existencia del mundo a la existencia de Dios (cap. III); después se detiene en la esencia de Dios (cap. IV), para desde aquí, y dentro de una concepción del mundo a partir de Dios, volver de nuevo al mundo, que ahora, a partir de su fundamento y origen divino, puede ser comprendido de modo más profundo en su ser y sentido (cap. V).

Para Heinrich Beck la ascensión rea-

lizada de un modo científico del ser del mundo al ser de Dios o la «demostración de Dios», constituye el núcleo decisivo de una teoría filosófica de Dios. Pero si la demostración filosófica de Dios es siempre un ascenso de abajo arriba, podría creerse que posee carácter intuitivo, pero Dios no es una propiedad general del ser o del comportamiento de las cosas, sino su fundamento óntico. El método, pues, para la demostración de la existencia de Dios es «el retroceso al mundo óntico a la retro-referencia del mundo físico experimentable, a su fundamento metafísico, que no es ya experimentable directamente». La demostración de la existencia de Dios, por caminos filosóficos, no es la deducción matemática, ni tampoco la inducción científico-natural, sino la reducción metafísica.

La demostración filosófica de Dios se tiende entre un punto de partida (el mundo experimental) y un punto de llegada (la existencia de Dios). Porque Dios no es comprensible inmediatamente en sí, sino solamente de un modo filosófico en el espejo del mundo.

La doctrina del autor para demostrar que el *problemata* de Dios puede ser

resuelto por la filosofía y tratado científicamente es una fina exposición de los momentos o pasos de ese ascenso del mundo a Dios.

Parte, en primer lugar, de que el mundo está dado en nuestra experiencia y es investigado en su carácter óntico. Señala después que todo ente del mundo se funda en otro ente (principio de razón suficiente). Se deduce de aquí, en un tercer paso, que el mundo se fundamenta en un ente diferente de sí mismo, en el que ahora hay que mostrar los rasgos de Dios. De esto resultan «las siguientes vías de demostración: de lo perecedero a lo eterno, del orden al ordenador, del hombre, que tiende a Dios como meta y por ello se encuentra en una situación de transferencia en orden a Dios (principio antropológico), al tú absoluto».

Y si Dios es Creador, Ordenador y Legislador del universo y del hombre, el problema de Dios, tratado filosófica y científicamente, y no sólo como acto subjetivo de fe, es —dice con razón el autor— «el más importante y el más profundo, el más existencial de todos los problemas que se plantean».—EMILIO SERRANO VILLAFÁÑE.

V A R I O S

LANCELOT L. WHYTE: *El inconsciente antes de Freud*. Mortiz. Méjico, 1967; 204 páginas.

«Consciencia» e «inconsciente» son ya términos familiares, pero todavía muy confusos. G. A. Miller ha hecho sobre este asunto consideraciones muy valiosas, que comentamos en otro lugar. Baste decir aquí que sus tesis fundamentales son dos: 1) Que la relación entre consciencia e inconsciente es en buena parte cuestión de grado; y 2) Que ambos términos coexisten necesariamente y forman juntos la actividad mental

total. Vale decir que L. L. Whyte llega a estas mismas conclusiones, aunque por un camino bastante distinto.

Whyte ve en el inconsciente un tema del pensamiento occidental y rastrea su curso evolutivo desde 1600 hasta los primeros años de este siglo. El lema del libro, tomado de Goethe, es bastante explicativo: «Nadie puede quitarnos la *alegría* de darnos por primera vez cuenta de algo, de eso que llama-

mos descubrimiento. Pero, si también reclamamos el *mérito*, es posible que se nos niegue en absoluto, puesto que por lo general no somos los primeros descubridores.» Lo que Whyte hace es precisamente impugnar el «mérito» del descubrimiento freudiano. En efecto, la perspectiva histórica demuestra que el mayor logro de Freud consistió en llamar la atención sobre la importancia de los procesos inconscientes, así como en relacionar con ellos una gama muy amplia de perturbaciones del comportamiento. «Al lado de eso es de importancia secundaria que algunas de sus ideas válidas no fueran nuevas, sus concepciones especiales fueran discutibles y sus métodos terapéuticos inseguros.»

El autor traza a grandes rasgos una trayectoria histórica, cuyos puntos extremos son el dualismo metafísico de R. Descartes y el psicoanálisis de S. Freud. El contraste entre ambas posiciones teóricas es muy fuerte. Como es sabido, el modelo cartesiano de las dos sustancias (*res extensa* y *res cogitans*) excluía por principio cualquier actividad inconsciente. Por un lado, la *res extensa* era inerte. Por el otro, la *res cogitans* era consciente por definición, sin restricciones de ninguna clase. El racionalismo, en suma, concibió el pensamiento como un proceso autárquico y autocontenido. Pero la aporía racionalista demostró ser insoluble, y sólo fue esquivada cuando el pensamiento literario y científico tomó otro rumbo, sustituyendo las antinomias estáticas por la noción del proceso. Sorprende un poco que Whyte no destaque aquí la importancia decisiva de la orientación empirista (la de Locke), que llegó a desplazar al racionalismo en el Continente durante todo el siglo XVIII. Autores como R. Mondolfo han demostrado la continuidad de la tradición empirista, desde P. Gassendi hasta los materialistas, a través del sensismo.

Convenimos con Whyte en que el paso siguiente fue dado sobre todo por J. G. Herder, que abrió el camino a los románticos. Pero creemos que Freud no prolongó esta línea, sino más bien la seudopositivista, que fue la ideología dominante de la *belle époque*. Esa ideología inmovilizó el modelo evolutivo —que procedía en última instancia de los empiristas— y planteó la antinomia razón *versus* irracionalidad, cuyas connotaciones valorativas eran análogas a las del dualismo cartesiano. La novedad decisiva consistió en que la irracionalidad, a diferencia de la *res extensa*, fue concebida como un factor activo, aunque no necesariamente evolutivo. En realidad, fue al abandonar el modelo del progreso cuando hubo que neutralizar el conflicto mediante la pauta jerárquica. Las funciones «inferiores» debían someterse a las «superiores». Se llegó así a una concepción antropomórfica, patente en la obra de Freud, el cual reconoció más de una vez que la teoría psicoanalítica era, en el fondo, una mitología. En todo caso, nuestro punto de vista corrobora la apreciación de Whyte, para quien Freud «fue el último pre-freudiano racionalista al apoyar con pasión un racionalismo del intelecto consciente, que en seguida sería socavado por sus propias doctrinas».

Según Whyte, el pensamiento de Freud y el de sus continuadores ha adolecido de dos vicios: 1) Plantear de manera antitética las relaciones entre conciencia e inconsciente; y 2) Hacer excesivo hincapié en el conflicto, la represión y los procesos mentales deformados. Hoy día hace falta superar la antítesis mediante un enfoque global de la actividad mental, que se base en una teoría de la organización biológica, concibiendo esta última en términos de coordinación y desarrollo.

El autor mantiene así que la actividad mental global es «un proceso ordenador,

en el que los indicios están organizados de tal manera que guían el pensamiento y la conducta presentes y futuros». Pues bien: «el pensamiento es el proceso ordenador dominante», y «los aspectos conscientes son distinciones que afectan los procesos momentáneamente dominantes», de modo que el contenido de la consciencia es «la tensión de un contraste». Whyte no hace aquí sino concordar con la mayoría de autores, para quienes la consciencia es, hasta cierto punto, antítesis de la habituación y del automatismo, y se despierta cuando los estímulos cambian de modo imprevisto, es decir, cuando el modelo interno discrepa del externo. En consecuencia, «el papel de la *auto-consciencia* característicamente humana puede ser el de facilitar aquellas respuestas que requieren un tiempo considerable porque implican un reajuste sustancial del orden establecido».

Sin embargo, a partir de la consciencia podemos inferir procesos mentales que no percibimos nunca directamente. Tales procesos deben ser continuos y auto-evolutivos, y engloban, sin duda, la consciencia, que es siempre errática. De ese modo, el inconsciente no es ya antagonista de la consciencia, ni tampoco su «inferior» jerárquico, sino más bien la matriz en que surge o el telar en que se teje. Y es lógico que «no nos satisfaga definir lo más general con una negación: *in-consciente*». Por nuestra parte, creemos que es útil y legítimo usar el término como adjetivo para designar mecanismos o procesos. Lo grave sería convertirlo en sustantivo y en su-

jeto, poniéndonos al borde del antropomorfismo. Al hacer del «inconsciente» un personaje, Freud concibió la actividad mental a la manera de un drama mitológico. En cambio, su coetáneo F. de Saussure —a quien Whyte ni siquiera menciona— postuló explícitamente y de manera muy «moderna» el papel de los mecanismos subconscientes en la producción de la palabra (*Cours de linguistique générale*, 2.6.2). Aunque sumaria, la concepción saussureana de los procesos inconscientes parece hoy mucho más viable que la freudiana.

En todo caso, la actividad inconsciente es —como advierte Whyte— «más general» que la consciente. No sólo encausa las emociones, los sentimientos y las pasiones (= «inconsciente vital»), sino también la percepción y el pensamiento (= «inconsciente cognitivo»). Pero, curiosamente, Whyte ni siquiera alude a otro gran contemporáneo de Freud: el matemático H. Poincaré, que señaló la gestación subconsciente del pensamiento lógico-matemático.

Comprendemos, de todas formas, que la obra de Whyte es un esbozo, y no debemos exigirle perfección en el detalle. Ya es mucho que plantee con claridad y con vigor la famosa cuestión del inconsciente. Y todavía es más de agradecer que indique con bastante sensatez el curso que la teoría psicológica deberá seguir en un futuro próximo.

El libro incluye tres cuadros ilustrativos de la evolución del pensamiento occidental en los últimos siglos y una biografía de 24 títulos.—LUIS V. ARACIL.

GEORGE A. MILLER: *Introducción a la psicología*. Alianza Editorial. Madrid, 1968; 496 págs.

El profesor G. A. Miller —que cuenta en su haber con una obra tan destacada como *Language and communica-*

tion (1951)— no necesita presentación ni elogios. En cambio, si que queremos elogiar la iniciativa de traducir al cas-

tellano su libro que ahora nos ocupa. *Psychology*, publicado por primera vez en 1962, ha sido reeditado varias veces en los últimos años. Su fortuna entre el público de lengua inglesa es ya una recomendación. Cabe decir que el libro ha merecido objetivamente ese favor, Miller ha escrito, efectivamente, una introducción a la psicología, y no un simple compendio divulgador. A la visión muy amplia de su objeto ha unido un estilo expositivo muy claro.

Psychology no es una historia de la teoría psicológica, pero contiene excelentes semblanzas de pioneros como W. Wundt, W. James, F. Galton, I. P. Pávlov, S. Freud y A. Binet. Aparte de su notable finura, los capítulos dedicados a ellos permiten que el lector se forme por sí mismo una perspectiva histórica de la psicología. Miller no presenta las ideas de las generaciones anteriores como antigüedades curiosas, sino como respuestas audaces e inteligentes a problemas reales. Los grandes psicólogos reviven en sus páginas como protagonistas de aventuras científicas llenas de sentido.

El libro no es tampoco un tratado sistemático. Sin embargo, desarrolla con rara agilidad las cuestiones cruciales de la psicología: consciencia, percepción, memoria, motivación, inteligencia, comunicación, etc. Es admirable la facilidad con que Miller conduce la atención del lector desde los hechos más triviales hasta los problemas más difíciles que la psicología aún no ha resuelto. El autor introduce al lector en los distintos temas y lo pone en condiciones de juzgar y teorizar por su cuenta, si así lo desea. Incluso le expone con imparcialidad las dificultades y querellas que surgen dentro de la investigación. A propósito del dilema «clínica o estadística», toma de P. E. Mehl (1954) un curioso «cuadro de cumplidos» que, a nuestro entender, es un buen diagrama

de las actitudes entre grupos. Vale decir que, en general, Miller ha escogido con acierto las ilustraciones que intercala en su texto.

Insistimos en que el autor acerca realmente la psicología a los lectores, exponiéndola con un desembarazo que no excluye la severidad científica. Una prueba de esta última son las escrupulosas notas bibliográficas de cada capítulo. Para completar su servicio al lector, Miller ha añadido al cuerpo de su libro un buen glosario de tecnicismos. El original contiene también una lista de lecturas sugeridas con los correspondientes comentarios; pero advertimos con disgusto que los editores de la traducción castellana la han pasado por alto. Incluso han tenido el mal acuerdo de suprimir el utilísimo índice alfabético final, dificultando así innecesariamente el manejo del libro. Claro está que la aversión a los índices alfabéticos es un achaque que bastantes editores españoles comparten con otros muchos franceses e italianos. El crítico se permite denunciar esa desafortunada economía — o pereza —, que redundará en perjuicio de la finalidad con que los libros se han escrito. En este caso, los editores han eliminado hasta la inofensiva dedicatoria — «A E. G. Boring» — y el corto párrafo de agradecimientos.

Queremos destacar por su agudeza los tres capítulos que, a propósito de Wundt, dedica Miller al espinoso tema de la consciencia y lo inconsciente. Como es sabido, un amplio sector de la psicología (mentalismo, subjetivismo, introspectivismo, etc.) tendió a hacer de la consciencia un absoluto, y provocó así la reacción negativa — igualmente exagerada — de los conductistas. Hoy día la confusión persiste. Según el autor de que se trate, la consciencia será «una sustancia, un proceso, un lugar, un epifenómeno, un aspecto emergente

de la materia, o bien la única realidad verdadera».

Miller observa que en la escala biológica, movilidad y consciencia suelen correr parejas. Esta última es una disposición alerta o vigilante que responde a sorpresas o las prevé, y parece ser un trámite del reajuste o circunstancias cambiantes. Los estímulos sensoriales tienen la función no específica de activar esa disposición. En este sentido la consciencia es más bien cuestión de grado (= *more or less*) que de todo o nada. De hecho, hay diversos estados (= *levels of awareness*): completa vigilia, somnolencia, sueño ligero, sueño profundo, etc.

Pero eso no es aún todo. Aunque —por definición— no tengamos experiencia directa de nuestra actividad inconsciente, muchos indicios nos llevan a inferirla. La vastedad y complejidad de la elaboración mental desbordan por fuerza el horizonte de la consciencia. El simple acto de reconocer un objeto familiar supone un complicado trabajo mental, del que no nos percatamos. Esto aún es más obvio en el caso de la intuición, que, como han hecho ver varios autores, obliga a postular una ideación preconsciente (= *preconscious mentation*), análoga a lo que A. David ha llamado *pensée obscure*. Por otra parte, la memoria —que conserva ordenadamente una infinidad de recuerdos que no podríamos evocar a la vez— es por necesidad inconsciente o preconsciente en su mayor parte. Y en el campo de la motivación es obvio que una vivencia como la de la sed no implica la percepción directa de los mecanismos fisiológicos que la condicionan. Todo ello prueba que la actividad consciente y la inconsciente coexisten, se comunican y cooperan.

También es notorio que cuando más conscientes estamos de algo, estamos —por lo mismo— inconscientes de muchas otras cosas. La consciencia tiene

un foco, que es la atención. Pero la atención no puede dilatarse hasta el infinito, sino que es limitada. Concentrarse en algo supone estar ausente de todo lo demás, hasta el punto de que «absorto» y «distráido» vienen a ser lo mismo. Con todo el *hic et nunc* de la consciencia no es tampoco un infinitésimo, sino que tiene una extensión discreta y mensurable. Observemos de paso que el concepto de campo consciente (= *conscious span*) es análogo el de capacidad de un canal informativo. Además, la información que llega a la consciencia ha de ser organizada (= *encoded*) de alguna manera, ordenando el aflujo caótico de los estímulos según unas pautas (= *patterns, Gestalten*) y unos ritmos.

La consciencia es limitada y selectiva, de manera que supone a *sensu contrario* la exclusión (= *suppression, inhibition*). Determinadas posibilidades se descartan en virtud de una necesidad lógica —análoga a la ley y de la dualidad, de G. Boole—, y no sólo por obra de la represión freudiana. Miller sugiere aquí una noción de la actividad inconsciente que coincide más bien con la de F. de Saussure que con la de su contemporáneo S. Freud.

Finalmente, el autor hace ver que, en todo caso, sólo podemos estar conscientes de los contenidos o resultados (= *contents, end products*) de la actividad mental, pero nunca de los procesos mismos. El ejemplo de la sed lo demuestra. Es de notar que la distinción entre contenidos e resultados, por una parte, y procesos o mecanismos, por otra, puede hacerse fácilmente en inglés, contraponiendo *thought* (pasivo y pasado) y *thinking* (activo y presente). En castellano, en cambio, la palabra «pensamiento» tiene los dos sentidos.

Las consideraciones anteriores pretenden demostrar que el libro de Miller apasiona efectivamente al lector.—LUIS V. ARACIL.

LEONARD E. BAYLISS: *Mecanismo de control de los seres vivos*. Dikos-Tau. Barcelona, 1968; 250 págs.

La relación entre biología y cibernética es doble. Es cierto que el biólogo de hoy no puede ignorar la teoría de la comunicación y del control. Pero también lo es que las nociones fundamentales de la cibernética proceden del estudio de la vida.

La segunda afirmación no sólo es lógicamente plausible, sino históricamente demostrable. El neurocardiólogo Arturo Rosenblueth —partícipe con el matemático N. Wiener en la gestación de la cibernética— había sido colaborador directo del fisiólogo Walter B. Cannon (1871-1945). Este último, acuñando el concepto de «homeostasis», no hizo sino reformular al principio de Claude Bernard (1813-78), según el cual «la *fixité du milieu intérieur* est la condition de la vie libre». Y, a su vez, el principio de Barnard resumió la orientación seguida ya por Herbert Spencer (1820-1903) y por Auguste Comte (1798-1857).

Simplificando mucho la realidad histórica se ha tendido a presentar la cibernética como logro exclusivo de Wiener o, a lo sumo, del círculo de Harvard, que fue su *entourage*. Sin embargo, las premisas del nuevo enfoque estaban ya en el ambiente intelectual de otros lugares desde hacía algún tiempo. Independientemente de la cibernética americana, hoy día existe, por ejemplo, un importante círculo británico en que descuellan figuras tan polifacéticas como William R. Ashby y Arnold Tustin, que han hecho aportaciones a la ingeniería, a la biología y a las ciencias sociales. Puede decirse que estos autores prolongan una tradición autónoma. Un importante coetáneo de Cannon fue sir Joseph Barcroft (1872-1947), también continuador de la obra de Bernard. El magisterio de Barcroft en Cambridge estimuló muy directamente a investiga-

res como Leonard E. Bayliss (1900-64) y William G. Walter (n. 1910). Y no debemos olvidar que ya anteriormente sir Charles S. Sherrington (1857-1952) había dado un impulso decisivo a la neurología.

Formando parte de ese que podemos llamar círculo británico, Bayliss desarrolló durante cuarenta años una labor investigadora en diversos dominios de la fisiología (circulación, respiración, secreciones, actividad muscular, neurología, etcétera). *Living control system* es una obra póstuma en la que puso su experiencia al servicio de los estudiantes de biología experimental, por un lado, y los de física, matemáticas e ingeniería, por otro.

La exposición de Bayliss parte del concepto clave de control automático, que luego desarrolla en sus distintas variedades lineales y no lineales, intercalando ilustraciones biológicas. El capítulo final contiene unas «Matemáticas elementales de los servo-mecanismos».

Por desgracia, el desarrollo claro y ordenado del libro no está libre de aridez ni de esquematismo. Las distintas cuestiones son abordadas y abandonadas un tanto bruscamente, como con prisas. Da la impresión de que el autor no tuvo tiempo de dar a su escrito forma definitiva, ni tampoco de ampliar bastantes apartados. Es el lector quien ha de suplir todas esas deficiencias, no por formales menos engorrosas.

Aun así, el libro merece el esfuerzo de una lectura atenta. Sólo conviene advertir que su enfoque es puramente analítico. La enumeración y descripción de los tipos de mecanismo de control no aparece formando parte de una visión global de la organización biológica. Creemos justo el título escogido por los traductores —Luis García Ballester y

Rosa Martínez Silvestre—, ya que Bayliss se ocupa más bien de «mecanismos» que de sistemas. En este sentido, su libro no puede competir, por ejemplo, con el *Design for a brain*, de Ashby.

Una vez hecha la advertencia anterior no habrá que recordar las ventajas —indiscutibles pero limitadas— del método analítico, al menos en la medida en que obliga a centrar la atención y a disciplinar el razonamiento. Lógicamente, el estudio particular de los mecanismos es una parte indispensable del estudio global de los sistemas.

El libro de Bayliss es aconsejable a cuantos, familiarizados ya con las generalidades de la cibernética, deseen adentrarse un poco en ella. Al menos por analogía, el sociólogo encuentra en esta obra bastantes sugerencias. La correspondencia entre los mecanismos fisiológicos y los sociales han sido reconocidos ya de antiguo, aunque no cabe duda de que existen también numerosas diferencias entre unos y otros. Uno de los puntos más vidriosos es la cuantificación de los hechos sociales.—LUIS V. ARACIL.

BENJAMÍN FARRINGTON: *El evolucionismo*. Ediciones de Cultura Popular, S. A. Barcelona, 1967; 120 págs.

De las cuatro o cinco teorías que han removido a fondo el pensamiento filosófico y científico y que, naturalmente, han trascendido a través de sucesivas generaciones, la del evolucionismo es, sin duda, la más inquieta, la más sugestiva y, por lo tanto, la que sigue despertando mayor interés. El nombre de Darwin va, pues, eternamente asociado a los de Newton, Malthus, Marx y Einstein. Es evidente que el impacto del evolucionismo ha sido considerable no sólo desde el punto de vista biológico, campo en el que implica una revolución absoluta de normas y supuestos, sino también en el puramente filosófico y teológico, en donde, ciertamente, ha estado a punto de provocar uno de los más graves cismas ideológicos de toda la historia del pensamiento humano.

La aportación intelectual de Darwin sigue presionando con inusitada fuerza, puesto que no sólo se suceden a vertiginoso ritmo ediciones de *El origen de las especies* y de *La descendencia del hombre*, sino que existe una copiosa bibliografía que trata de especular y, en cierto modo, de abrir nuevas perspectivas sobre su pensamiento. Darwin

es hoy mucho más popular que en su época, y acaso más estudiado y comprendido.

Benjamín Farrington ha escrito un libro bastante original, sencillo, claro y sereno. No olvidemos, en el momento de juzgar el valor literario del libro, las acaloradas discusiones que, consciente o inconscientemente, el tema darwiniano sigue provocando. De aquí que, en efecto, registremos como inmejorable cualidad del libro que comentamos la serena confianza con que el autor expone a la opinión pública sus propias ideas respecto a Darwin.

El tema central de la obra lo constituye, por supuesto, la meditación de los *principios científicos de la ideología darwiniana*. Esto, creemos, no interesa en exceso al gran público, que, por el contrario, prefiere encontrarse con la *interpretación filosófica* de ese pensamiento. Benjamín Farrington no defrauda al lector, puesto que ha matizado con profunda sensibilidad algunos de los grandes conflictos, no todos, claro está, de la *contraposición entre las ciencias teológicas y las naturales*. Sin embargo, como nota curiosa del libro que comentamos, destaquemos la inserción de un

excelente capítulo en torno a la *interpretación poética, lírica y espiritual del pensamiento darwiniano*.

Por otra parte, pone el autor de relieve que, en cierto modo, Darwin quiso considerar los fenómenos sociales bajo la ley biológica de la supervivencia de los más aptos. Esta teoría de Darwin, extinguida, afortunadamente, en germen, sirvió, no obstante, a algunos historiadores de escasos escrúpulos como pretexto para justificar la ejecución de actos viles. La doctrina darwiniana, tan sugestiva como peligrosa, de haber seguido adelante hubiera conducido, sin duda, al racismo, la esclavitud y el exterminio de los débiles. Analizando, pues, la vida y la obra de Darwin se llega, con cierta facilidad, a la conclusión de que éstas no eran, efectivamente, las teorías por él defendidas; equívoco lamentable que, como recientemente se ha demostrado, ya algo de esto dice el profesor Farrington en su libro, se debe a la torpe distinción realizada por algunos de sus apologetas entre un *hecho propiamente humano y otro biológico*.

Una personalidad tan seductora como la de Darwin y una obra tan trascendental para el pensamiento filosófico y científico como la suya no podía, naturalmente, ignorar la posición de la doctrina cristiana. Así, al menos, lo ha entendido el profesor Benjamín Farrington, que, en efecto, ha dedicado uno de los más extensos apartados del libro al planteamiento de la cuestión indicada. No nos atreveríamos a afirmarlo dogmáticamente, pero creemos que desde la perspectiva histórica, filosófica y humana, los conflictos a que ha dado ocasión la teoría darwiniana entre las ciencias teológicas y las naturales ha sido altamente beneficiosa para la interpretación de la Biblia. Recientemente el reverendo padre Camps, en el volumen que la Biblioteca de Autores

Cristianos ha dedicado al estudio y comentario de *La evolución*, aseguraba que, efectivamente, «ha ayudado a los exegetas a comprender mejor el verdadero sentido del mensaje revelado por Dios y les ha enseñado a mantenerse dentro de los límites de sus métodos y a no invadir el campo de las ciencias».

Estudia el profesor Benjamín Farrington, en otro lugar de la obra, el proceso de la pérdida de fe de Darwin, que acaso, señala el autor, fue consecuencia de su extremada sensibilidad para percibir los grandes problemas biológicos. Es probable, puntualiza Benjamín Farrington, que otra de las causas que originaron esa ruptura definitiva con el cristianismo se deba a la deficiente formación teológica de Darwin. Uno de los grandes anhelos del autor de *El origen de las especies* fue, precisamente, el de exponer las bases, los principios y las normas para que pudiera afirmarse que, efectivamente, «la ciencia reivindica, y con todos sus derechos, la neutralidad ética».

En la parte final del libro, Benjamín Farrington se ocupa de determinar el lugar que a Darwin hay que otorgarle en la historia del pensamiento. Ciertamente, como con anterioridad hemos señalado, la doctrina darwiniana representa una de las grandes aportaciones ideológicas del hombre respecto de la interpretación del mundo y de las cosas que le rodean. Pero, lamentablemente, la Naturaleza no lo es todo para el hombre. Darwin tuvo una excepcional predisposición científica, y desde esta perspectiva nadie, probablemente, ha observado con mirada más aguda y escrutadora el panorama de la Naturaleza, es decir, el medio en el que el hombre se halla. Sin embargo, como el propio autor del libro que comentamos señala, le faltó un mínimo de predisposición para comprender lo que es el hombre. Esta tarea, en definitiva, sigue, por el

momento, constituyendo la honda preocupación de las generaciones actuales. Por consiguiente, desde el punto de vista estrictamente filosófico, sociológico y psíquico hay que decir que su ideología ha pasado a ser un punto esencial —aunque no decisivo— para el conocimiento de una parte del hombre.

Su error supremo estriba, puntualiza el profesor Benjamín Farrington, en la inclusión de lo humano en lo biológico. Darwin, por otra parte, hay que reconocerlo, ha dado infatigable quehacer a historiadores, filósofos y científicos. Son, en realidad, escasos los que han triunfado tras la interpretación, adopción y continuación de sus doctrinas. Sin embargo, entre sus más afortunados seguidores, conviene destacar a Mendel, que supo matizar y estudiar analíticamente todos aquellos descubrimientos darwinianos a los que les faltó espiritualidad y, por tanto, humanidad.

Darwin, en cierto modo, es un clarísimo precursor del complejo ideológico de Teilhard de Chardin. Como ha escrito el reverendo padre Colomer, «Teilhard nos ha abierto hasta ahora la perspectiva de su porvenir, que por analogía con el pasado comienza ya a constituirse ante nosotros. Pero este porvenir no puede realizarse sin la libre colaboración del hombre. La originalidad de la futura etapa evolutiva consiste justamente en que la evolución ha dejado de ser pasiva para convertirse en activa. El hombre no es sólo «la evolución que toma conciencia de sí misma de su autorreflexión». Es también la evolución que se yergue sobre sí misma y se transforma en autoevolución.

En una palabra, con la entrada del hombre, la evolución se ha puesto en manos de una criatura destinada a tomar parte lúcida y activa en la obra de la Creación».

Resulta, pues, paradójico que la obra de un hombre que no confió excesivamente en la realidad de la mente humana haya hecho notar su influencia en el campo filosófico-sociológico con un ímpetu y vigor extraordinarios. Panegirista de la materia, olvidó que, precisamente, es el pensamiento, casi siempre, la fuente de la vida.

La evolución, por otro lado, ha de tener un sentido, puesto que, en efecto, «si el mundo no tiene sentido, tampoco lo tiene la acción del hombre en el mundo». Digamos, finalmente, que gracias a Teilhard de Chardin, ciencia y religión, evolución y cristianismo han dejado de mirarse el uno al otro con ojos lejanos o enemigos, para descubrir, según el padre Colomer, admirados, la intensa coherencia de sus perspectivas diversas.

El libro de Benjamín Farrington es un ensayo afortunado que penetra con más decisión que otros en las esferas de la intimidad del gran hombre que, incomprendido en su época, sigue vigente, enhiesto y señero en la nuestra. No obstante, señalemos que ni Barnett ni ninguno de sus más cualificados comentaristas han logrado superar el dogma cristiano de la Creación y del evolucionismo, pues, en efecto, «así es como el origen del mundo y del hombre son conocidos teológicamente y así es como son verdades de fe».—J. M. N. DE C.

JULIÁN MARÍAS: *Análisis de los Estados Unidos*. Ediciones Guadarrama. Colección Punto-Omega. Madrid, 1968; 220 págs.

Julián Marías, el gran filósofo, magnífico ensayista, crítico sagaz en tantos y tantos aspectos de la cultura, ha es-

critado dos obras y algunos artículos sobre los Estados Unidos. Las obras son: *Los Estados Unidos en escorzo* (Emecé Edi-

tores, Buenos Aires) y ésta que comentamos de Ediciones Guadarrama.

En el primero, escrito en 1956, nos relata sus impresiones vividas en aquel país, resultando el «libro más libro» de todos los por él escritos, ya que «tenía el más fuerte de los sistematismos: el de la vida».

De los artículos, recordamos uno, publicado en la revista *Atlántico*, que editaba la Casa Americana de Madrid, y titulado «Los Estados Unidos frente a la decisión de 1964», modelo de análisis profundo sobre las elecciones presidenciales, donde se enfrentaron Goldwater y Johnson.

También en el número primero de la citada revista *Atlántico* publicó un ensayo que tituló «Reflexiones sobre los Estados Unidos», que sirvió de prólogo a la traducción española del libro de H. S. Commager *The American Mind* (Ediciones Ariel), y que constituyó después el capítulo final de su libro *Los Estados Unidos en escorzo*. Al final de este ensayo nos dice en deliciosa prosa lo siguiente: «Nada humano es inteligible más que dentro de la vida en su conjunto y en todas sus dimensiones. Y la vida humana no es sólo vida individual, sino colectiva, social, y ésta, histórica. Además de la estructura analítica de la vida humana y de su estructura empírica hay que tener en claro la estructura social de cada una de las unidades históricas. Mal que bien, alguna idea se tiene de ella en Europa; cuando se llega a una sociedad tan distinta y a la vez tan semejante como los Estados Unidos, el problema es grave, porque, en cierto sentido, la sociedad americana se parece mucho a la europea —está hecha de europeos; su «herencia», en efecto, es la nuestra, hasta donde la memoria recuerda—; pero en otro sentido es radicalmente distinta, porque su estructura es otra, y las semejanzas lo encubren. De ahí que

sea tan difícil, cuando se habla de los Estados Unidos, saber de verdad de qué se está hablando. Y lo cierto es que vale la pena. Quiero decir las dos cosas: hablar de los Estados Unidos y, por supuesto, saber de qué se habla.»

Con un estilo periodístico de gran actualidad nos llega ahora este nuevo libro de Julián Marías, publicado en un tomo con el título *Análisis de los Estados Unidos*, y que en forma de artículos apareció en las columnas de *El Noticiero Universal*, de Barcelona.

Julián Marías ha sido profesor-visitante de hasta siete importantes Universidades de los Estados Unidos, entre las que se encuentran las de California (Los Angeles), Harvard y Yale, y ha recorrido el país dando conferencias en el Este, el Midwest, Colifornia y Tejas.

Julián Marías, al cabo de los años, de muchos años —pues aunque no hayan transcurrido más de quince, «ha pasado mucho tiempo, una generación»—, se vuelve a enfrentar, en momento oportunísimo, con el gran tema de los Estados Unidos.

En forma periodística y de ensayo, tan característica suya, se enfrenta con la realidad americana en una visión completa y veraz de la vida, de la sociedad y de su cultura. Con un método objetivo y sereno, libre de prejuicios, recibe impresiones directamente de las personas y de las cosas para, una vez comprendidas, dibujarlas con trazos firmes, presentando un cuadro variado y exacto de esa realidad, sin olvidarse nada y deteniéndose con minuciosidad en los detalles importantes que darán realce al todo, facilitando al mismo tiempo su comprensión.

Frente al apasionamiento que el tema de Norteamérica suscita en todo el mundo, levantando banderías de prevenciones injustificadas o admiraciones pueriles, Marías, con su prosa cuidada y exacta, nos dice, sin compromisos,

la verdad que él ha buscado y que nos presenta noble y honestamente, como resultado de una experiencia vivida de manera intensa no como observador, sino desde dentro de esa realidad que estudia y analiza.

Para el comentarista este libro cala mucho más profundamente en la verdad de lo que son los Estados Unidos que las famosas entrevistas que Pierre Ferezezi, redactor jefe de *Informations & Documents*, revista del Centro Cultural Americano en Francia, formuló, durante los quince días que pasó en Washington, Nueva York y Atlanta (Georgia) a varias personalidades norteamericanas, que, cada una en su campo, tenían entre sus manos un poco del destino de los famosos Estados, y que resumió en la pregunta: «¿Adónde van los Estados Unidos?»

Julián Marías examina los cambios tan profundos, enormes e innumerables que han sufrido los Estados Unidos en estos últimos años en todas sus cosas; pero el país no ha cambiado; sigue

siendo «el mismo» y se ha convertido en una gran realidad histórica, que como tal tiene sus problemas de crecimiento: problemas que estudia con gran sagacidad, con visión crítica, de manera irónica a veces, pero con una gran comprensión y esperanza. Así, nos presenta los problemas de esa gran nación: el problema racial, el Norte y el Sur, el Vietnam, la Universidad y los de la vida: los *hippies*. También hace un estudio de las condiciones económicas y políticas del país, para terminar afirmando que los Estados Unidos son la proa del mundo actual, orientada hacia un futuro; realidad que no podemos desconocer y mucho menos desdeñar.

En resumen, *Análisis de los Estados Unidos* es un libro importante, ya que nos da una visión clara de los riesgos a los que se enfrenta la sociedad humana europea, si la desconfianza o el recelo nos hicieran volver la espalda a esa palpitante realidad histórica que son los Estados Unidos de América.—TOMÁS ZAMORA.

Crónica de un año de España (julio 1967 - julio 1968). Servicio Informativo Español.

Este volumen, ya tradicional dentro de las publicaciones del Ministerio de Información y Turismo, ofrece al público una visión general de los grandes temas que han preocupado y sobre los que ha tratado España a lo largo del período comprendido entre estas fechas tan harto significativas.

Nuestra política exterior, nuestra actividad económica, la enseñanza, la política social, las obras públicas el deporte y la juventud, nuestras Fuerzas Armadas, el fenómeno del turismo y tantos otros importantes temas se vierten de una manera clara, concisa y a la vez profunda, en base a declaraciones, comentarios, discursos, informes; todos ellos con una trama común cual

es la de la continuidad. Todo nuestro despliegue social, económico, político y espiritual ha discurrido por una línea de progreso, de desarrollo y eficacia que ha jalonado en metas de bienestar.

Treinta y dos años, treinta y dos largos años han pasado desde aquel «ardiente verano de 1936». España sigue su marcha; hace tiempo que no escucha amenazas ni condenas; hace tiempo que el camino a recorrer se encuentra más abierto y esperanzador. Si esta publicación hubiera nacido con el 18 de julio de 1936, cada uno de sus treinta y dos números aparecería como algo distinto, pero con una unidad, con una sistemática coherente que nos vendría a señalar clara y terminantemente que

han sido inspirados y plasmados por un mismo autor. Todas sus páginas tendrían, como tienen éstas, el mismo brío, la misma intensidad, la misma línea.

En definitiva, lo que esta publicación hace es dar testimonio de la actitud histórica adoptada por España frente a los innumerables problemas nacionales e internacionales que ha tenido que afrontar o abordar. Como señala en su pre-

sentación, el público encontrará en este abanico de informaciones lo más llamativo y conocido, pero también lo que se ha hecho en silencio y sin publicidad; lo que ha saltado a la página, mas también lo que el torbellino diario —prueba de una España al día— le ha impedido conocer y apreciar en toda su valía. Un interesante resumen de esta ya pasada etapa.—TOMÁS ZAMORA.

JOHN KENNETH GALBRAITH: *The Triumph. A Novel of Modern Diplomacy*. Houghton Mifflin Company. Boston, 1968; 239 págs.

The Triumph es la primera incursión de Galbraith en la novela. Inmediatamente antes de *The New Industrial State* (1967) había escrito ya *The Scotch* (1964), un extraordinario libro de ensayo literario, en el que se narran las costumbres y modos de vida en su tierra natal, en Canadá, al sur de Ontario, que ya anunciaba el abandono del carácter fundamentalmente socio-económico de sus libros. Pero si ciertamente *The Scotch* fue un intento sobremanera afortunado —como lo fue también *The Great Crash, 1929*, estudio más de Historia que de Economía—, *The Triumph* dista bastante de serlo. Como novela es más bien aburrida, de trama elemental, y en general, sin ningún valor descolante, como no sea el del estilismo del lenguaje, en el que tanto se recrea y por el que tan apreciado es últimamente el autor, seguramente con toda razón.

El argumento viaja una y otra vez desde una República imaginaria centroamericana hasta los despachos del Departamento de Estado, ocasionalmente los de la Casa Blanca, en Washington, D. C. La primera de las ambientaciones es superficial en grado sumo, sin que se llegue a penetrar ni siquiera someramente en la compleja proble-

mática real que parece se nos quiere describir en la novela. Están mejor trazados y concebidos los episodios que se sitúan en Norteamérica, que en sustancia no son sino el pretexto para una crítica sin contemplaciones sobre las supuestas incapacidad y deficiencias de los planteamientos y en las soluciones de una parte de los diplomáticos de carrera norteamericanos; es difícil decir hasta qué punto la crítica es exacta, aunque, evidentemente, haya que suponer que a Galbraith, como embajador que fue en la India durante la Presidencia de Kennedy, no le deban faltar elementos de juicio ni, a lo que parece, de irritación. Pero de nuevo es inevitable la impresión de una cierta superficialidad, de falta de claroscuros y matizaciones en las personas y en los episodios, y en definitiva, de indeterminación sobre si lo que se nos quiere presentar es una pieza bufa en caricatura gruesa, o una reflexión realista, aunque envuelta en el género novelado, de los defectos de conocimiento y de enfoque de la diplomacia norteamericana en cuanto a los problemas actuales de las demás naciones de su hemisferio.—M. ALONSO OLEA.

